ODO MADRID LO ABIA...

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE MANUEL LINARES RIVAS (DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA)

Cubierta

de

este

número:

Hortensia Gelabert

y

Purita Martínez

en

una

escena

de

Todo Madrid lo sabía...

TODO MADRID LO SABIA...



MANUEL LINARES RIVAS

DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

TODO MADRID LO SABIA...

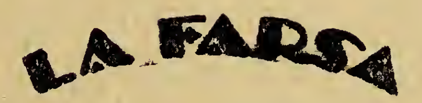
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Alkázar, de Madrid, el día 27 de octubre de 1931, por la compañía de Hortensia Gelabert.

DIBUJOS DE
GUTIERREZ NAVAS



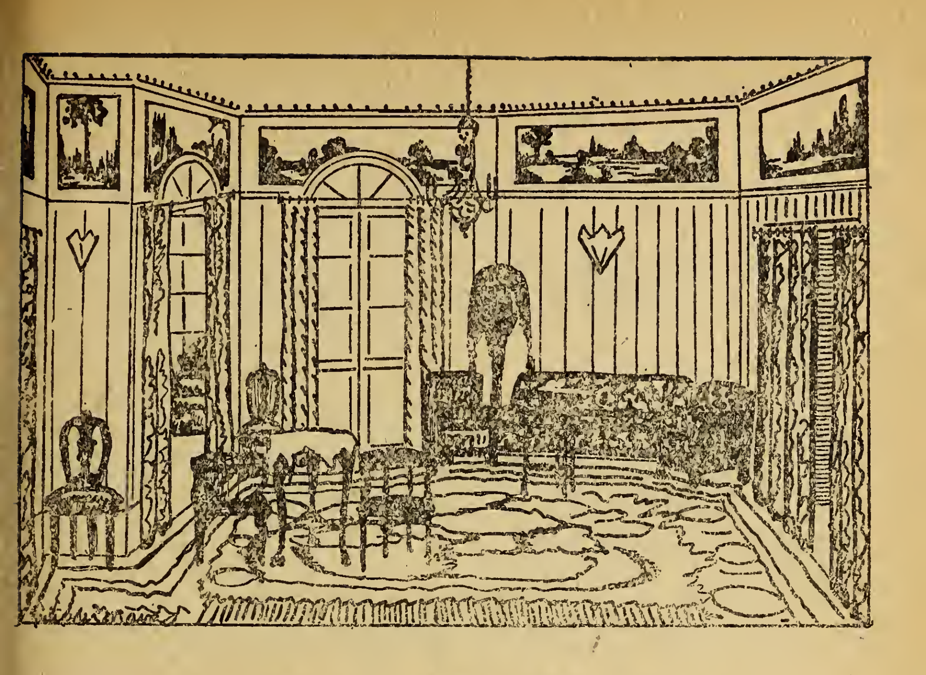


AÑO V ||| 21 DE NOVIEMBRE DE 1931 ||| NÚM. 219
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Marcelina Bial de Fondeviela (30 *años*)	Hortensia Gelabert.
Antonia Bial de Brañas (35 *años*).	Joaquina Almarche.
Diosita Bial (25 *años*)	Purita Martínez.
Tomasa	Lola García Morales.
Don Leandro del Carrascal (60 *años*)	Juan Espantaleón.
Teófilo Brañas (40 *años*)	F. Fernández de Córdoba.
Ignacio Fondeviela (35 *años*)	Pedro F. Cuenca.
Don Antero Escosura (65 *años*)......	José Calle.
Paco Guelaya (25 *años*)	Vicente Ariño.
Juan Manuel Solsona (36 *años*)......	Gonzalo Lloréns.
Pedro (65 *años*)	Alfonso Candel.

Epoca actual. La acción en Madrid. Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

En casa de Ignacio Fondeviela, Habitación confortable, pero que no sea el clásico gabinete ni la sala clásica. Eso ha muerto ya... Una de las muchas cosas que murieron sin que nadie se haya tomado la molestia de matarlas. De día, a fines de septiembre.

ESCENA PRIMERA

DIOSITA leyendo; TOMASA con unas orquídeas en un jarrito.

TOMASA. De don Antonio Escosura.
DIOSITA. ¿Quién las trajo?
TOMASA. Un botones de la tienda.
DIOSITA. Dale un par de pesetas.
TOMASA. Bueno. (*Mutis, volviendo a poco.*) El botones que también el año pasado se le dieron dos pesetas.
DIOSITA. Sí, lo mismo.
TOMASA. Pues eso dice, que si la señorita quiere darle lo mis-

mo que haga el favor de recordar la baja de la moneda.

DIOSITA. ¡Tiene razón! Dale otra peseta.

TOMASA. ¿Por la baja?

DIOSITA. No, por la desvergüenza.

TOMASA. Por eso merecía bastante más. (*Mutis.*)

DIOSITA. Puede ser.

TOMASA. (*Volviendo a poco.*) Ni las gracias...

DIOSITA. ¿Para qué?

TOMASA. Son preciosas, pero no parecen regalo de un banquero.

DIOSITA. ¿Por?

TOMASA. Tan poquitas...

DIOSITA. ¿Una cesta?

TOMASA. Que se viera que no han dolido unos duros más...

DIOSITA. No creas que salió del paso con unos céntimos y además no tiene tampoco gran obligación, que ni siquiera es de los amigos asiduos.

TOMASA. Eso ya lo sé.

DIOSITA. Pues demasiado hace.

ESCENA II

Dichos: PACO GUELAYA.

PACO. Diosita...

DIOSITA. Hola, Paco.

(*Mutis Tomasa por lateral.*)

PACO. (*Deja sobre la mesa una cajita de dulces y un sobre grande.*) ¿Qué ha sido tu ausencia del tennis?

DIOSITA. Rendida de los últimos partidos. Por más que digamos ser iguales a vosotros, físicamente, ni lo somos ni lo seremos.

PACO. Ahora empiezan también a educaros para la agilidad y para la fuerza.

DIOSITA. Algo más ha de haber que el enseñarnos. Y si no, dime... ¿Por qué desde pequeñitos se pelean los gallos y no se pelean las gallinas...? No será por la educación ni porque al nacer se les ponga en condiciones distintas.

PACO. No creo.

DIOSITA. Luego es que el macho viene ya desde el cascarón con otro genio y con otras energías.

PACO. ¡Y tan que viene! Pero como tú no vas a llevar baúles ni a coger un azadón... ¿Qué te importa la fuerza?

DIOSITA. ¿Si yo supiera qué es lo que me importa? Ahora mismo estaba leyendo un libro de sociología, del marxismo, del sindicalismo...

PACO. ¡Buena diablura!

DIOSITA. ¿Por qué diablura? Esas cuestiones preocupan hoy al mundo entero y no me parece extravagancia ni pedantería el desear enterarme siquiera de lo que es eso.

PACO. No, no...

DIOSITA. ¡Pues leo... y no me entero! ¡No tengo la preparación necesaria para enterarme!

PACO. Igual me pasa a mí.

DIOSITA. No lo dudo, pero tampoco llevas la fama de muy competente en la materia.

PACO. Soy alguien en lo mío; cosechero, olivas, aceites...

DIOSITA. Muy cierto.

PACO. Pues ya no está mal del todo para un hombre solo.

DIOSITA. Claro que no, Paco, pero yo hablo ahora al tanto de mis afanes y de mis incertidumbres. Menos la tía Marcelina, que es mujer de muchos arranques, pero de seso y de pausa, todas las demás estamos de acuerdo en que ha llegado la hora de dar la batalla a los hombres, no para destrozarlos, sino para librarnos de ir siempre a remolque vuestro.

PACO. ¿Y pasar vosotras a la primera fila? Será, pero a mí me parece que aún os queda tiempo de orujo.

DIOSITA. ¿Orujo?

PACO. Aceite de segunda. Se vende bien, sólo que a otro precio.

DIOSITA. Pues de esa diferencia, que no se me oculta, salen todas mis cavilaciones. ¿Sin fuerza física y sin preparación intelectual..., qué batalla voy a dar yo?

PACO. La tontera de las batallas que os ha entrado a todas las niñas. ¿Para qué necesitas tú barullos ni peleas, manojo de bobadas?

DIOSITA. ¿Para qué?

PACO. ¡Eso! Para soltera tienes hoy y todo el tiempo que te dé la gana con tus tíos, que son unos padres para ti desde que murieron los tuyos.

DIOSITA. ¡Y bien que los bendigo! ¿Pero por qué he de ir siempre por su camino y no he de andar nunca por el mío?

PACO. Para el tuyo hay un letrero que dice: "Vereda de Guelaya". "Cortijo de los Azahares".

DIOSITA. Ya lo sé.

PACO. Y además, una mano con un dedo que hace así para señalar y que no tenga pierde la dirección.

DIOSITA. También lo sé.

PACO. Pues allí te esperan. ¿Eso no lo sabes?

DIOSITA. Sí, Paco..., pero no basta una simpatía para embarcarme a ciegas en la aventura de una boda.

PACO. ¿A ciegas...?

DIOSITA. Y a locas. Yo no aporto nada al matrimonio.

PACO. Aporto yo.

DIOSITA. ¿Tus rentas?

PACO. ¡A ver! No son para comprarte un 20 caballos todas las semanas, pero tampoco para que suspires por no tener dónde andar unos kilómetros bien sentada.

DIOSITA. Perfectamente. Y si las cosas van bien, de las rentas se vive, pero si van mal..., ¿eres tú capaz de ganártelo?

PACO. Supongo que como otro cualquiera.

DIOSITA. Como está el mundo, hoy es más garantía para el porvenir un hombre que se lo gana que un hombre que ya tiene.

PACO. ¿Para el porvenir? De eso no sé ni una palabra. Saben las brujas, las gitanas y los embusteros. Yo sé, y me basta, que hoy tengo salud, tengo mil pesetas en el bolsillo y tengo por Jaén unas arrobas de olivas y cuatro molinos que las hacen en su tiempo un buen aceite.

DIOSITA. Hoy no hay duda.

PACO. Pues hoy es cuando lo digo, que lo demás, si dentro de ocho días estaré bailado, si para el año no habrá cosecha, si cuajada o antes de cuajar se la comerá la langosta, los pulgones o cualquier otro bicho de más patas... o de menos, con eso no pueden mis fuerzas y se lo dejo a Dios y al tiempo.

DIOSITA. No queda en malas manos...

PACO. Como también les dejo a los dos el que me convenzan a una cabecita exaltada de que no siempre logran lo me-

jor los que valen más..., y se han dado casos de que al pederse una ocasión fuera perderse ya toda una vida...

DIOSITA. (*Con un poquito de sorna.*) Lo aprenderé.

PACO. No es para tanto.

ESCENA III

Dichos: MARCELINA.

MAR. ¿Pelean?

PACO. No, señora, pero me dijo algunas cosas a las que va bien contestar con un poco de calor.

DIOSITA. Todo fué por afirmar que hoy se cotiza más al trabajador que al rentista.

MAR. Eso lo llevamos ya muy discutido entre nosotros y mi opinión no ha cambiado. Cierto que el rentista se puede quedar sin rentas... Pero el trabajador, ¿no se puede quedar sin trabajo, o no acertar en el trabajo, o inutilizarse para el trabajo?

PACO. (*Enseñándole la cajita y volviéndola a dejar.*) Igual puede subir o caer.

MAR. (*Que dió las gracias con una inclinación.*) Pues si la garantía futura es la misma..., ¡ninguna!..., riesgo de riesgo, no es un riesgo muy grande el tener ya por de pronto fortuna y propiedades.

PACO. ¡Ojalá pensara ella como usted! Verdad que usted en todo es admirable, Marcelina.

MAR. Así me gustan los elogios, Paquito... ¡Que no haya por donde escapar del incensario!...

ESCENA IV

Dichos: IGNACIO.

IGNACIO. (*Sonriente.*) ¿Qué pasa?

PACO. Ando en alabarlas.

IGNACIO. En mucho puede ser justicia.

MAR. (*Riendo.*) Eso es lo que faltaba; el botafumeiro a toda cuerda.

IGNACIO. Por sistema no prodigo las alabanzas, pero si vienen a cuento no las escatimo tampoco, y a mi mejor amigo, a

un hermano. no le desearía más que una promesa de mujer como la que ofrece ya Diosita y una realidad luego de mujer cabal como me dió siempre Marcelina.

MAR. Aprenda. Un marido que aun a veces habla como un novio.

PACO. Un matrimonio envidiable.

IGNACIO. No lo niego; pero no crea usted, Paco, ni tú, Diosa pequeña, que siempre fué todo sobre ruedas, pues momentos hubo en que bien parecía que el diablo se llevaba nuestra casa.

MAR. Un año en cama y dos meses en un sillón...

IGNACIO. En el Ministerio, excedente sin sueldo, y trabajos particulares de ingeniero, ni yo podía ni nadie me los encomendaba.

MAR. (*Sonriendo tristemente.*) Fué una época regular...

IGNACIO. No lo olvido.

MAR. Ni yo...

IGNACIO. (*A Paco, por los sobres.*) ¿Los planos? Ahora los veremos.

PACO. Sin prisa.

IGNACIO. Ahora. (*A Marcelina.*) ¿Tienes inconveniente en que vengan los chicos a cenar con nosotros en el campo?

MAR. Si es tu gusto...

IGNACIO. Intrigan para que te lo proponga como cosa mía.

MAR. Pues no hay más que hablar.

IGNACIO. Telefonearé al colegio para que los dejen salir un poco antes, y tú (*A Diosita*) hazme el favor de mandar que preparen los trajes domingueros.

DIOSITA. Descuida.

IGNACIO. (*A Marcelina.*) Con menos no se conforman ellos... ni yo.

MAR. Y tenéis muchísima razón.

IGNACIO. Venga, Paco. (*Mutis por el lateral Ignacio y Paco.*)

ESCENA V

MARCELINA y DIOSITA.

DIOSITA. Si tuviera la certeza de lograr como vosotros un ambiente así de cordialidad y afecto...

MAR. Ya ves por tus ojos que no se trata de ningún imposible.

DIOSITA. No..., pero ha de ser empezando por juntar un hombre tan bueno como tío Ignacio y una mujer tan santa como...

MAR. Deja los santos para las hornacinas, que yo me consideraría muy ensalzada, pero mucho, sólo con decirme que soy buena..., y que alguna vez me lo dijeran con razón.

DIOSITA. ¡Muchísima!

MAR. Anda a la ropa de esos chiquillos.

DIOSITA. Por mí no se retrasarán. (*Marcha.*)

ESCENA VI

DIOSITA, MARCELINA y DON LEANDRO.

LEANDRO. ¿Escapas de mí...?

DIOSITA. ¡Ay! ¡Don Leandro! (*Vuelve, le abraza y mutis.*)

LEANDRO. ¿Y ese hombre?

MAR. Con Paco Guelaya, mirando los planos de una hacienda.

LEANDRO. Luego iré yo.

MAR. Muchas gracias, don Leandro.

LEANDRO. Nada. A las ocho y media tendrás aquí el auto a vuestra disposición.

MAR. ¿Usted no viene?

LEANDRO. No, las noches de Madrid en septiembre son frescas de más para los carcamales.

MAR. Siempre hay dificultad para usted cuando se festeja algo mío.

LEANDRO. Una suspicacia tuya.

MAR. Mejor.

LEANDRO. Y, además, con la bronquitis que pasé por el invierno, este año empecé a notar que tengo muchos años.

MAR. Pues a cuidarse, que no son tantos los hombres de bien para que no fuera muy sensible perder uno.

LEANDRO. No es un mérito excepcional, pero honrado sí me creo.

MAR. Y veraz.

LEANDRO. También. No me remuerde la conciencia de haber dicho jamás una mentira.

MAR. Para todos vale la palabra de usted como una escritura, pero con Ignacio en particular es usted el oráculo infalible.

LEANDRO. Poco favor nos hace eso a los dos.

MAR. No infalible en el acertar, sino en que la respuesta ha de ser leal y verdadera siempre.

LEANDRO. Eso sí.

MAR. Y una manera de significar la autoridad y casi la infalibilidad de usted en esta casa.

LEANDRO. A base de cariño no hay reparo en aceptarla. Y ya que la nombraste..., ¿tu casa, qué?

MAR. Como siempre.

LEANDRO. ¡Magnífica contestación! Eso es decir: hay salud, hay tranquilidad...

MAR. Sí, señor. En buena hora sea dicho, mi casa es de paz y de mutuas estimaciones.

LEANDRO. No soy yo el último a celebrarlo.

MAR. ¡Pues figúrese yo!...

ESCENA VII

Dichos; TEOFILO y TOMASA.

TEOFILO. No te molestes que ya me presento yo solo.

MAR. (*Poniéndose en pie bruscamente.*) Teófilo...

TEOFILO. Teófilo, sí. (*A Tomasa.*) No soy visita, como me preguntabas, pero desconocido no soy. (*Mutis Tomasa.*)

MAR. No. ¿Y Antonia?

TEOFILO. Temió que no la recibiérais muy afectuosamente...

MAR. Pues no acertó.

TEOFILO. ¿Puede venir para daros un abrazo?

MAR. Claro que sí. Pasa. (*Presentándole.*) Mi cuñado Teófilo.

TEOFILO. Aunque bien se opusieron ellos a que yo lo fuera, y aunque todavía no le han perdonado a ella el crimen de no rechazarme y el pecado de no casarse si no por lo Civil, viviendo en sacrilegio concubinato.

LEANDRO. Concubinato, no; matrimonio perfecto, no.

TEOFILO. Una opinión de usted.

LEANDRO. Y de algunos más...

MAR. No le extrañen sus palabras...

LEANDRO. Sabiendo quién es, ya no. ¿El propagandista...?

TEOFILO. Sí, señor. El propagandista cuando hablo por ahí; el apóstol cuando me buscan; el criminal cuando me persiguen; y siempre el indeseable.

MAR. Es su gusto el ser así...

TEOFILO. Mi obligación.

LEANDRO. Tanto como obligación...

TEOFILO. Tanto. A todo el que pasa con frecuencia por las clínicas y por los hospitales le quedan los ojos tan impregnados de aquel horror que ya para siempre le da pena que la humanidad sea así, le da odio que haya que tratarla así. y no puede ya explicarse nunca que la dejen sufrir eternamente así.

LEANDRO. Mucha verdad hay en ello... pero no sabía que fuera usted médico.

TEOFILO. Para este efecto, igual, que tres años de interno sobran para ver, para compadecer y para asquearse.

LEANDRO. ¿Es que ha seguido usted otra carrera?

TEOFILO. No.

MAR. No tuvo constancia para terminar ninguna. ¡Lástima de talento para irlo sembrando siempre en arenales!...

TEOFILO. ¡Bah!...

MAR. Pudo haber sido alguien de mérito, y no es más que alguien que lleva y trae inquietudes por donde va.

TEOFILO. La gran burguesa que hay en Marcelina no se explica que ella y Antonia sean tan diferentes, y en su fuero interno quizá piense que para la hermana han hecho alguna trampa sus apreciables progenitores.

MAR. ¡Teófilo...!

TEOFILO. Ya se ofendió en nombre de los progenitores...

LEANDRO. No era muy indispensable la alusión.

TEOFILO. ¿También a usted le pareció mal?

MAR. El señor es el padrino de Ignacio, don Leandro...

TEOFILO. ¿Carrascal? El austero, el integérrimo, el incorruptible, como Robespierre.

LEANDRO. Nada de eso, no tengo su personalidad, ni sus violencias, ni tendría sus procedimientos aun puesto en condiciones análogas. Yo soy, y no aspiro a más, un hombre leal y de formalidad.

TEOFILO. Yo también, aunque la formalidad de usted... ¿con papel del Estado, eh...?

LEANDRO. Un poco...

TEOFILO. No se puede parecer a la mía, con papel de periódicos nada más.

LEANDRO. ¿Y ha intentado ganarlo?

TEOFILO. Jamás tuve la pretensión financiera de ser tan meticu-

loso en mis cuentas como ese banquero de quien decían que consignaba en sus libros de caja una cantidad para sostenimiento de asilos, otra cantidad para sostenimiento de escuelas y otra cantidad para sostenimiento de una amiga jubilada.

MAR. Buena mescolanza.

TEOFILO. El la ha simplificado mucho poniendo todas esas partidas bajo un solo epígrafe: *Gastos piadosos.*

LEANDRO. Quizás hoy lo sean ya todos ellos.

TEOFILO. Eso dicen también.

MAR. Pero no sé hasta qué punto será galante mezclar el amor y los números.

TEOFILO. Otro capítulo de prehistoria. El amor significando gustarse y unirse lo habrá siempre, pero amor en el concepto artificioso y palabrero de que la mujer sea un ángel, ya no se usa.

MAR. Quiere decir que no usa él.

TEOFILO. Ni nadie. Es un específico de droguería mística, que se receta ya muy poco, y aun ese poco para agotar las existencias nada más.

LEANDRO. Usted lo creerá...

TEOFILO. ¿Usted no...? Claro. Usted ha de ser un santo varón.

LEANDRO. ¡Ojalá!...

TEOFILO. Un poco severo...

LEANDRO. Más conmigo mismo que con los otros.

TEOFILO. Un poco aferrado a ranciedades tradicionales...

LEANDRO. Para mí únicamente, que encuentro muy bien y muy natural que las gentes nuevas se inclinen a las ideas nuevas.

TEOFILO. Pero usted firme que firme con sus antiguallas espirituales.

LEANDRO. (*Levantándose.*) Yo sí, señor. Firme siempre en lo que he creído y practicado siempre. El viejo que no estorba al paso de lo nuevo, me parece muy atinado y muy de alabar; pero el viejo obstinándose neciamente en que lo tomen como nuevo, sólo por teñirse el pelo o teñirse las ideas, me parece un grandísimo equivocado, y desde luego y sin remisión un grandísimo majadero. (*Saludando.*) Con su permiso...

TEOFILO. Además de lo inútil que resultaría oponerse a la avalancha de millares de convencidos.

LEANDRO. Eso es otra tecla... ¿Convencidos de lo que usted proclama...? ¿De no respetar nada, de no obedecer a nadie y adueñarse de todo? ¿Ratones convencidos de entrar en la despensa y comerse el queso? ¿Millares dice usted? Encuentro la cifra muy exigua... (*Saludando.*) Con su permiso...

MAR. Dispense, don Leandro...

LEANDRO. ¿De qué? Es muy lógico que un propagandista exponga siempre sus ideas y que no consienta nunca que se expongan las ajenas.

MAR. Ya, ya, pero eso es...

LEANDRO. Completar la propaganda, nada más... Quédate, quédate. (*Mutis por lateral.*)

ESCENA VIII

MARCELINA y TEOFILO.

TEOFILO. No he venido para discutir con él, sino para hablar contigo. Después de los años sin vernos y sin escribirnos, tuve un poquito de emoción al pisar tu casa.

MAR. Y yo al verte. ¿Qué traes por aquí?...

TEOFILO. Asuntos; casi negocios; yo hice muchas campañas con gentes que están ahora muy bien colocadas, panzudamente colocadas, y de lo que me alegro infinito. Pero con las glorias, se les van algo las memorias y hubo que venir para recordarles que yo también soy de Dios... o del diablo...—lo mismo me da, como a ellos—; pero que soy alguien que no se deja olvidar tan fácilmente.

MAR. Es muy justo que te den trabajo.

TEOFILO. Otra cosa cualquiera, que trabajos ya pasé en abundancia... y además no quiero que a la hora del triunfo me suceda lo que al burro aquel que consiguió por fin de los hados clementes que le transformaran en arriero... ¡y después del portentoso milagro se encontró con la desagradable sorpresa de que también los arrieros trabajan!...

MAR. Errores de burros...

TEOFILO. Exactamente. Pero aun admitiendo el mejor deseo en

todos para complacerme, puede ocurrir que el realizarlo se prolongue más de lo que me conviniera y necesito saber si cuento contigo, Marcelina.

MAR. ¿Según a lo que llamas tú contar conmigo? Si quieres 20 duros y también 40, claro que sí; si quieres 1.000 duros, claro que no.

TEOFILO. ¿No será porque te falte a quien pedirlos?

MAR. Quizás, pero aun en este caso no creo que tuviera la misma eficacia pedir para mí que pedir para otro.

TEOFILO. Puede que no...

MAR. Naturalmente.

TEOFILO. Y para otro a quien pondrán en entredicho por comprometedor...

MAR. Naturalmente... Y esto hablémoslo de una vez para todas; yo no tengo inconveniente ninguno en recibiros... ¡pero solos...!

TEOFILO. ¿Solos...?

MAR. Sin ideas. Esas me las dejáis en la calle.

TEOFILO. ¡Ah!...

MAR. Puede que algún día sean las que predominen, pero hoy por hoy no vivo con tus ideas, sino con las mías, y a mí no me conviene que desorganices mi casa y mi vida: a mi marido, que vive de un sueldo, no le conviene ponerse en trance de perderlo, y a mis hijos no les conviene aprender rebeldías mientras no aprendan, por lo menos, a saber cómo se gana un pedazo de pan.

TEOFILO. Mientras, que se guarden.

MAR. Sí, que se guarden ellos, y, además, guardarlos yo.

TEOFILO. La Marcelina que he dejado no es muy semejante a la Marcelina que me encuentro.

MAR. Algo habrá hecho que aprenda yo también...

TEOFILO. ¿Vas tú a resultar la rebelde...?

MAR. A mi manera y un poco, podría ser, que si tú sabes reírte de muchas cosas, yo sé no asustarme ya de algunas otras.

TEOFILO. Eso está bien.

MAR. A veces...

TEOFILO. Y celebro que tengas horizontes más amplios, pues así comprenderás la razón, la obligación de atender a tus hermanos cuando un azar les fuerza a molestarte.

MAR. Y estoy pronta, ya te lo he dicho. (*Riendo.*) Pero la

verdad, Teófilo, no valía le pena de andar por ahí, despotricando de ateo, de anarquizante y no sé si de bolchevique, para venir ahora a persuadirme de que la familia es sagrada... cuando bajan los fondos.

TEOFILO. Entendámonos de una vez. ¿Es que tú has suprimido también el árbol genealógico...?

MAR. Suprimirlo..., no. Podarlo... Tenía ramaje excesivo.

TEOFILO. Muy posible.

MAR. Para mí es familia únicamente la de la línea recta, de arriba a abajo, que la de los lados lo es o no lo es, según... siendo gratos, sí; no siéndolo, no.

TEOFILO. Comprendo...

MAR. Por mal que se porten con nosotros, siempre es cruel y hasta difícil el llegar a decirse: "No tengo padre, no tengo hijos...", pero no pasa nunca nada por decir resueltamente: "No tengo marido, no tengo hermanos, no tengo cuñados ni sobrinos..."

TEOFILO. Como si hubieran muerto.

MAR. Como si hubieran muerto.

TEOFILO. ¡Buena máxima familiar!

MAR. Buena sólo con entenderla rectamente, que no es desear la muerte de nadie, sino desear que nos dejen vivir a nosotros.

TEOFILO. Así es menos dura.

MAR. Pues así es y contigo va. Mientras quieras, hermanos, y sin que pretenda que me sacrifiques ni una sola de tus ideas. Tuyas son; tenlas tú.

TEOFILO. Enterado.

MAR. Y ya ves lo fácil que es entenderse conmigo. ¿Eres rojo, blanco, gris? Allá tú... ¿Que yo he de ser roja, o gris, o...? No, no. ¡Eso yo y nadie más que yo!

TEOFILO. Perfectamente enterado.

MAR. Pues de hoy en adelante tú me irás diciendo cada día lo que somos.

TEOFILO. Hermanos.

MAR. Hermanos.

TEOFILO. Hasta ahora, Marcelina. (*Mutis.*)

MAR. Hasta ahora, Teófilo. (*Marcelina va marchándose lentamente, ve las flores, coge una ramita y se la pone.*)

ESCENA IX

MARCELINA y DON ANTERO ESCOSURA.

ANTERO. Me pareció cruzar con una cara conocida. ¿El pariente?

MAR. Sí.

ANTERO. ¿Algún disgusto?

MAR. No.

ANTERO. Ahora ha de estar en auge.

MAR. Sus amigos...

ANTERO. Puede que no sea lo mismo exactamente...

MAR. Puede... (*Señalando al jarrito y a la que lleva puesta.*) Muchas gracias por las flores.

ANTERO. (*Inclinándose agradecido por la atención.*) Milagro tan sola...

MAR. No tardará gente.

ANTERO. Aunque yo escojo a propósito la hora de hallarme aquí con otras personas y ser uno de tantos a saludarte, confieso que me satisface estos minutitos sin testigo para decirte una vez más el gran afecto mío, la última llamarada de un hombre que hoy no puede mirar sino recuerdos.

MAR. Siendo agradables...

ANTERO. Lo son y mucho... (*Sonriendo algo forzado.*) El que materialmente, físicamente, no me importe ya ninguna mujer, no significa que haya menguado ni un ápice la admiración, la gratitud y hasta el respeto que me inspiras.

MAR. (*Poniendo su mano en la de él.*) Ojalá que lo merezca siempre.

ANTERO. (*Le coge la mano y la apoya contra su cara mientras habla, después la besa y la deja. Pasada esta concesión a lo sentimental, vuelve a imponerse el hombre prudente y correcto que es don Antero.*) No eres tú de las que desmerecen, pero si ello pudiera ocurrir, no seré yo jamás el llamado a permitirme una censura.

MAR. Quién me hubiera dicho que serías tú la persona de mi mayor estimación cuando en el motivo inicial de nuestra intimidad te escuchaba solamente por las grandes

dificultades—digámoslo sin rodeos—, por el gran agobio de mi casa.

ANTERO. Y yo, aunque otras muchas cosas se me ocurrían, te hablaba sólo de ofrecimientos, porque a cierta edad el amor no tiene más que un camino: el del Banco.

MAR. Fué el momento de mi tragedia... Pero no me pesa, no... He logrado el bien mío y de los míos, y mi banquero supo hacerse muy pronto mi amigo más firme y más leal.

ANTERO. Era un negocio en que tenía que hacerme perdonar precisamente el que fuera para mí tan buen negocio.

MAR. Siempre tan bueno...

ANTERO. Y ahora, a una súplica, pero muy rápidos. (*Entregándole un saquito.*) Acéptalas, Mar...

MAR. Siempre generoso.

ANTERO. Vinieron a mí por una herencia, y no tengo a nadie que pudiera invocar un relativo derecho a que no salgan de la familia esas joyas.

MAR. ¡Ay, qué hermosura de perlas...!

ANTERO. Me parece un dolor que estén arrinconadas perpetuamente en una caja de caudales, y como tú eres la única, por mujer, que las puedes lucir, y la única, por mi verdadero aprecio, a quien yo se las debo ofrecer, acéptalas, Mar...

MAR. No una vez, sino cien veces, mil veces, muchísimas gracias, Antero. Y una sola vez: ¡No, Antero, no!

ANTERO. ¿No las quieres?

MAR. Se me van los ojos tras de ellas... Pero aceptarlas, ¿para qué? Vendría inmeditamente la pregunta que no puede tener contestación, ¿quién te las dió...? ¿Por qué te las dió...?

ANTERO. Guárdalas.

MAR. Y cuando por casualidad se descubrieran serían como si cien altavoces lo pregonaran.

ANTERO. Lo siento...

MAR. Y yo. Pero no llevo diez años privándome de toda ostentación que necesitara ser explicada para caer en el escándalo cuando ya no hay ni la falta.

ANTERO. Tienes razón.

MAR. Y, además, en esta renuncia constante de lo superfluo hubo siempre en mí... ¿cómo te diré...? Una delicadeza,

un matiz, no muy fácil de explicar y tal vez no muy fácil de entender. Si necesito cien o mil, creo que te los debo pedir y que tienes obligación de proporcionármelos.

ANTERO. (*Riendo.*) ¿Vamos a discutir eso?

MAR. Pero si necesitara mil y pidiera mil quinientos... ¡Ahí empezaría tu explotación y mi indignidad!

ANTERO. Qué disparate.

MAR. Ya te lo he dicho; matiz... y difícil de entender. Pero creo que me ennoblece a mí el no saquearte a ti.

ANTERO. (*Levantándose, le besa la mano respetuoso.*) Bien al contrario, siempre, pero no le busques disculpas a las cosas que muy de sobra la tienen ya por sí mismas. Le tomaste miedo a la vida... ¡Con razón! Como otras infinitas más... ¡Con razón también...!

MAR. No falta, no...

ANTERO. Y has echado a andar por el único camino que había para ti.

MAR. El único, sí. Claro que respetar siempre y en todo las prácticas establecidas, las leyes, las creencias..., es muy hermoso, ¿quién lo duda...?, pero vivir..., vivir... es también bastante hermoso.

ANTERO. ¡Sí lo es, sí!

MAR. Entonces, yo con eso lo dije ya todo.

ANTERO. Tú... y muchas. (*Se inclina despidiéndose.*)

ESCENA X

Dichos y DIOSITA.

DIOSITA. En esas muchas, muchas... ¿entro yo?

ANTERO. Hoy no.

DIOSITA. ¿Y mañana...?

ANTERO. Desearía que no.

DIOSITA. ¿Tan malo es...?

ANTERO. Pongamos que regular... (*Nueva inclinación y mutis.*)

ESCENA XI

MARCELINA y DIOSITA.

DIOSITA. De calzado a corbatas, todo a punto.

MAR. Gracias. ¿Sabes, Diosita, que me impresionó un poco lo que te dijo Paco Guelaya?

DIOSITA. Es muy buen muchacho... ¡Pero aceitunas y aceite! No da más ni en la prensa de sus molinos.

MAR. Muy lejos de mí el tratar de inclinarte a nadie, pero convengamos en que tiene algo de razón.

DIOSITA. ¿En qué?

MAR. A que no se puede aspirar a que nos den todo resuelto desde el primer día y sacudirse siempre lo que sea una contrariedad o un sacrificio.

DIOSITA. ¿Y por qué no? Las calamidades que vengan con quien se vive..., ¡paciencia!; las que vengan por la persona a quien se quiere...; ¡paciencia!; ¿pero no digo ya calamimidades sino sacrificios o privaciones por quien no me interese...? ¡Yo qué voy a ir a eso!

MAR. Puede que tengas razón.

ESCENA XII

Dichos: JUAN MANUEL SOLSONA.

SOLSONA. Felicidades, Marcelina.

DIOSITA. ¡Huy...! ¿Con gafas?

SOLSONA. Compradas esta mañana.

MAR. ¿Pero usted veía perfectamente?

SOLSONA. No son para ver.

MAR. ¿Para qué?

SOLSONA. Para que me vean. Me hice intelectual.

MAR. ¿Pero usted no es abogado, diputado y ateneísta...?

SOLSONA. Y no hay ninguna incompatibilidad. Se puede ser incluso un gran médico, un gran orador, un gran escritor, y ser intelectual...

MAR. ¿Sí...?

SOLSONA. Sí.

MAR. Es curioso...

SOLSONA. Curiosísimo. Y algo por necesidad y algo por presumir de vista cansada por la lectura.

DIOSITA. Tranquilízate, te favorecen.

SOLSONA. Les traigo los premios del mes. Un estudio interesante y hasta original demostrando que en determinadas condiciones puede un matrimonio ser feliz.

MAR. Sí que es original.

SOLSONA. Cuando concluya de leerlo, déjéselo a Diosíta para ver si se anima a la coyunda.

MAR. Con mucho gusto.

SOLSONA. Este es más avanzado y propone una fórmula para llegar—con ciertas garantías, naturalmente—, a la implantación del divorcio automático.

DIOSITA. ¿Como el teléfono...? ¡Pues será muy cómodo!

SOLSONA. El final es una extravagancia, sí, pero en el razonamiento hay ingenio y sutileza.

DIOSITA. Algo es.

SOLSONA. Cuando lo concluyas dejáselo a Marcelina para que no se desanime nunca en las peleas con el marido.

DIOSITA. ¿Peleas aquí...? A esta casa vendría el diablo de visita y a los cinco minutos ya estaba levantándose: "Dispense usted, señora, me equivoqué de piso."

MAR. No le diría vaya usted con Dios... pero detenerle tampoco.

SOLSONA. Ninguna de las dos cosas.

MAR. ¿Y ese Congreso, Juan Manuel?

SOLSONA. Perfectamente.

MAR. ¿Hoy también bullicio?

SOLSONA. Gente moza, libre y sin trabas, es natural que respiren fuerte.

DIOSITA. ¿Cuándo hablas tú?

SOLSONA. Cuando callen ellos.

DIOSITA. Allá para...

SOLSONA. Aguardo sin impaciencias por mi momento, y entonces, bien preparado y en lo mío, puede que me escuchen.

MAR. Seguramente.

DIOSITA. Lo tuyo son legislaciones y códigos...

SOLSONA. Sí.

MAR. Pues a ensanchar la toga, que ahora pasarán por ella las vacas gordas.

SOLSONA. Indudablemente. Se está creando un derecho nuevo, vendrán leyes a centenares, y por fuerza pleitos y consultas.

DIOSITA. ¿Si quieres un pasante para tu bufete...?

SOLSONA. No sería ningún desatino, que va a haber negocio para muchos.

DIOSITA. Empezar con ocho años de carrera...

SOLSONA. Me comprometo en tres.

DIOSITA. ¿En tres...?

SOLSONA. Dicho.

DIOSITA. Pues lo pensaré.

SOLSONA. ¿Que lo pensarás...? No sirves, Diosita.

DIOSITA. ¿No...?

SOLSONA. Por indecisa, que todas tus buenas cualidades las has ido estrellando siempre contra ese muro de la desconfianza y de la irresolución que tú misma has levantado para todo y para todos.

MAR. No es muy distinto eso de lo que se le dice muchas veces.

SOLSONA. Ella sabrá por lo que aguarda. Está Ignacio, ¿verdad?

MAR. Sí.

DIOSITA. Es que me juego mucho en acertar o no.

SOLSONA. Ya lo sabemos. En todo acertar es el resumen, pero decidirse es el principio.

DIOSITA. Claro...

SOLSONA. La vida hoy nos da unos aldabonazos muy fuertes en las puertas y se acabaron los durmientes.

DIOSITA. Empiezo a reconocerlo.

SOLSONA. Y hay que hacer como los demás: espabilarse, resolverse, empujar a todos y coger cuanto antes un buen sitio.

DIOSITA. Ya sé eso, ya. Es el credo de hoy.

SOLSONA. Pues a rezarlo. (*Mutis.*)

ESCENA XIII

MARCELINA y DIOSITA.

DIOSITA. ¡Le envidio la fe con que pelea!

MAR. ¿Tú crees...?

DIOSITA. ¿Tú no...?

MAR. Lo parece... ¿Pero quién sabe? Por de pronto es uno de los muchos que han tenido bruscamente que cambiar de rumbo.

DIOSITA. Qué remedio...

MAR. Conformes. Es ya lo único sensato, pero es cambiar.

DIOSITA. Eso sí.

MAR. Y cuando me dices que va convencido y decidido, lo creo muy de veras; pero el decirme que va con fe y con entusiasmo, respondo: No lo sé...

DIOSITA. Puede que ni lo sepa él mismo.

MAR. Puede... que la verdad, los cachitos de verdad que por turno y cada momento nos parece que son la verdad completa de alguna cosa, con tantas como hay ahora en litigio, han de andar muy dispersos y muy inquietos.

DIOSITA. En los demás, no sé; en mí es una zozobra y un desasosiego continuo.

MAR. ¡No seas chiquilla!

DIOSITA. Comprendo que he de arrancar de algún modo... ¡Pero no veo cuál! El propósito discreto de hace un minuto, es ya ahora un disparate.

MAR. (*Acariciándola.*) Vamos... vamos...

DIOSITA. Sin nada, y algún día sin nadie..., ¡no puede ser!

MAR. No debe ser.

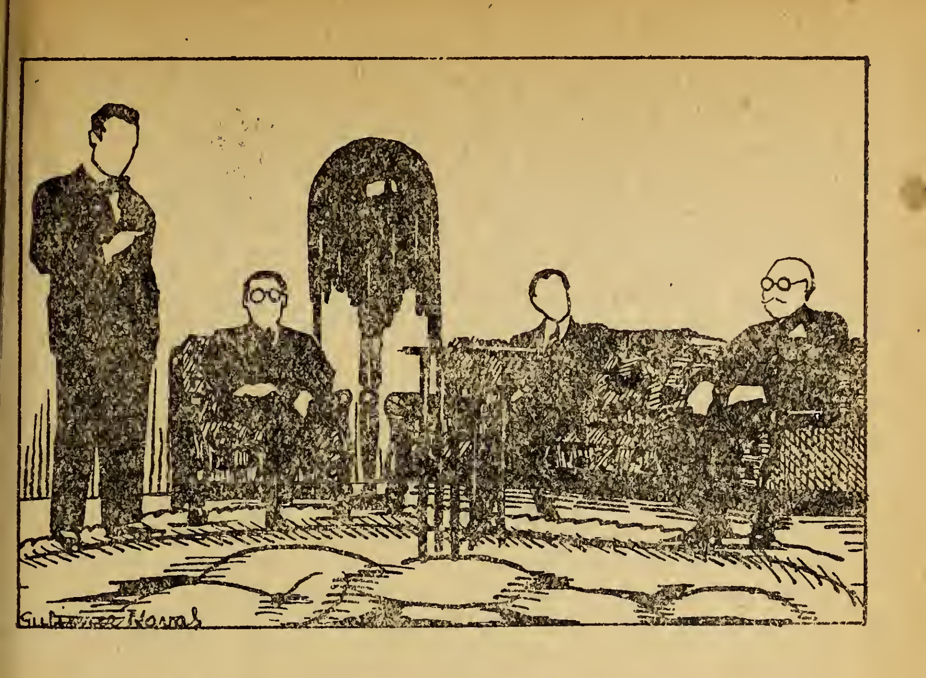
DIOSITA. Por fuera ya me burlo y ya alardeo...; pero por dentro... ¡por dentro le tengo miedo a la vida!

MAR. Haces bien.

DIOSITA. (*Echándose en sus brazos.*) ¡Tía Marcelina!

MAR. Pero no lo demuestres. Harías mal. (*La besa y luego la aparta dulcemente.*)

TELON



ACTO SEGUNDO

La misma decoración, al caer la tarde, en marzo, con luces.

ESCENA PRIMERA

PACO GUELAYA de pie, TOMASA que entra. Luego IGNACIO.

TOMASA. Ahora viene.

PACO. Gracias.

TOMASA. De poco. (*Mutis.*)

IGNACIO. Usted no necesita aquí pedir hora.

PACO. Más que nada era asegurarme de si estarían.

IGNACIO. Los domingos, siempre. Yo tengo mi tresillito, y las mujeres no son muy inclinadas a los paseos en días de aglomeración.

PACO. Ni nadie.

IGNACIO. Alguien sí, Paco, porque si no sería difícil llegar a la aglomeración.

PACO. Claro. Ya se figurarán de lo que deseo hablarles.

IGNACIO. No hay que ser muy lince..., y todavía no se me quedaron traspapelados del todo los tiempos en que yo también me desvivía tras de una mujer.

PACO. Si es que no duran.

IGNACIO. De perseguidor amoroso no, de gran afecto y de gran cordialidad, sí.

PACO. ¡Cómo le envidio...!

IGNACIO. Pues a buscarla parecida, que hay muchas mujeres buenas, y bastantes aguardando a que alguno envide.

PACO. A eso vengo: a órdago.

IGNACIO. ¡Ordago a la grande!

PACO. No, no, órdago a la chica.

IGNACIO. ¡Hombre, claro...!

ESCENA II

Dichos y MARCELINA.

MAR. ¿Novedades, Paco?

PACO. Que me marcho a cuidar de mis fincas.

MAR. Bien hecho.

PACO. Era muy cómodo que me mandaran las rentas, pero el aire sopla ahora de arrimar todos el hombro; y la única solución, para nosotros los labradores, es que las tierras produzcan más, y, naturalmente, que las trabajemos más.

MAR. Con esta fiebre que tiene el mundo, se le exige a todo un mayor rendimiento. ¡Hombre..., trabaja más! ¡Máquina..., vuela más! ¡Tierra..., produce más! ¡Es la hora del más y más y más...! y hasta en lo malo, se oye decir a los peores: más, más, más.

IGNACIO. En eso desgraciadamente.

PACO. Yo me persuadí de que es el único remedio; y a mi puesto me voy, aun a sabiendas de que allí no todo van a ser mieles.

MAR. Por el pronto no...

PACO. Pero yo, para marchar, necesito conocer la última palabra de Diosita, que no me dice que no cuando la busco; pero no me dice que sí cuando la apremio.

MAR. Su eterna vacilación.

PACO. Si es despego de persona, no hay nada que insistir; si es porque no la deslumbra mi posición, convendría, por bien de ella, que alguien le dijese que, efectivamente, no es para deslumbrar, pero tampoco para desdeñar.

IGNACIO. Ni mucho menos.

PACO. Por muy cierto que sea, yo no se lo puedo decir, que en mí sonaría a orgullo tonto; que la verdad de uno sólo está bien en boca de otro.

MAR. Y no siempre.

PACO. Eso, sí, señora; y no siempre. Y después preguntarle si tiene algo mejor, porque si no tiene mejor, y es todo fantasía únicamente, entonces decirle que aun no siendo gran cosa mi ofrecimiento, ya es algo que, a cambio de sueños nada más, se encuentre con una realidad muy aceptable.

MAR. Tiene usted razón, Paco. Y por hablarle no quedará.

IGNACIO. Si te decides a intervenir tú, me inhibo yo. (*Riendo.*) Los dos no.

MAR. (*Riendo.*) Bastaría el vernos de acuerdo para que lo tomase a imposición.

IGNACIO. Seguro.

MAR. Y no es que no nos quiera: es por áspera, por brusca.

PACO. Un cardo. El cardo más precioso que he visto en mi vida... ¡pero cardo!

MAR. Hoy tendremos esa conversación, y en seguida le avisaré, para que sean usted y ella los que en definitiva resuelvan su propio asunto.

PACO. Gracias. Ya sé que es mala faena la del matador que pide que metan un capote los peones...

MAR. ¡A veces está muy indicado, Paco!

PACO. Y donde no manda uno solo..., ¿qué se va a hacer sino contar con el otro...? Y paciencia para lo que él diga. Es como en el campo cuando se pierde una co-

secha porque Dios envió un granizo o unas heladas... Paciencia también ¡y a no tener muchos negocios con Dios, que es mal socio!

MAR. Ha de ser lo que El quiera.

PACO. Ha de ser. Salud y obligado, eh... (*Mutis.*)

ESCENA III

MARCELINA e IGNACIO.

IGNACIO. Me parece que no adelantaremos mucho. Se cree en los tiempos en que le vivía el padre y con una buena fortuna...

MAR. Aun así me alegro de un pretexto para machacar en ella.

IGNACIO. ¿Qué busca esa criatura?

MAR. Todo. Familia, nombre, juventud, posición independiente...

IGNACIO. El mirlo blanco que lo traiga todo. ¿Y ella, qué lleva?

MAR. Ella se lleva a ella. Cree que compensa, y quizás que sobrepasa.

IGNACIO. Dificultoso lo veo... pero ojalá, ojalá. (*Mutis.*)

MAR. (*Llamando.*) ¡Diosita!

ESCENA IV

MARCELINA y DIOSITA.

DIOSITA. (*Dentro.*) Voy. (*Saliendo.*) ¿Qué?

MAR. ¿Sabes que estuvo aquí Paco Guelaya?

DIOSITA ¿Cuántas arrobas de aceite refinado?

MAR. Algo más dijo, y que no me pareció ninguna patochada.

DIOSITA. Es muchacho de muy buen sentido, ¡pero no tiene discos de repuesto!

MAR. Juan Manuel es más avispado.

DIOSITA. Ni comparar. Y estudia, y lee, y viaja...

MAR. ¿Os decidís?

DIOSITA. Ni él ni yo. El está dispuesto a idolatrarme, pero en

un buen piso; y yo estoy decidida a seguirle, pero en un buen auto.

MAR. Si todos hubiéramos exigido tanto...

DIOSITA. Así les va a muchos. Comprendemos los dos que sería ir a un mal negocio, y en cuanto se nos impone un poco el sentimiento sobre la razón, ¡frenazo!

MAR. Pudiendo...

DIOSITA. Ahora estamos muy a tiempo.

MAR. Porque no os quereis, que si os quisierais ¡ya verías de qué servían los frenazos!

DIOSITA. Y también puede ser que nos queramos, pero a la moda de hoy y sin permitirle al amor que se dé un tono excesivo.

MAR. No me gusta chocar inútilmente con tus ideas, pero hoy me suplicaron que obtuviera una contestación definitiva.

DIOSITA. ¿Guelaya?

MAR. Guelaya. Y creo el hablarte un deber mío, como si fuera tu madre.

DIOSITA. Como lo eres verdaderamente. Y por si acaso en la conversación rozásemos algo áspero, conste que cuando yo diga: *todos son...*, *todos piensan ..*, en ese *todos* no entráis nunca vosotros, que por cariño y por gratitud, el tio Ignacio y la tía Mar forman para mí un mundo aparte. Mejor todavía; un principio de cielo con San Ignacio y Santa Marcelina de Fondeviela.

MAR. (*Riendo.*) Bueno...

DIOSITA. ¿Quedó bien claro que os aparto de mis réplicas? ¿Sí? Pues cuando quieras vamos al de Guelaya.

MAR. ¿De ese no dirás que no tiene ya una posición?

DIOSITA. Exacto. Tiene una fortuna, pero no tiene bastante fortuna para comprarme.

MAR. ¿Por qué ha de ser compra?

DIOSITA. Porque no es amor.

MAR. ¿Y eres tú la que dices que le tienes miedo a la vida?

DIOSITA. ¡Y bien grande!

MAR. Afortunadamente ni sabes siquiera lo que es eso, que si te espantaras, no digo ya del presente, del porvenir,

te mirarías mucho antes de tirar por la ventana una oferta como la de Paco Guelaya.

DIOSITA. Es que no le quiero.

MAR. Bonita contestación.

DIOSITA. Para ir enamorada, un hombre de bien y que trabaje. Nada más. Y para venderme, para que me compren, un hombre que me pague. Nada más.

MAR. Sencillo de decir.

DIOSITA. Y no viniendo el buen amor, ni el buen comprador, estarme quieta aunque sea en un rincón.

MAR. También sencillo de decir. Luego ya verías lo que supone de odio y de amargura el estarse en un rincón.

DIOSITA. Pues si no tengo paciencia tendré coraje, que no se maravilla nadie porque una mujer se busque un oficio, si es que no vale para nada.

MAR. Hoy extrañan pocas cosas...

DIOSITA. Pocas.

MAR. ¿Pero de dónde sacas que tú eres una mujer de las de hoy?

DIOSITA. ¿No?

MAR. No. Anticuada y muy anticuada.

DIOSITA. Si tú lo dices...

MAR. Yo lo digo. ¿Cuál es la mujer moderna? Para mí, la que rompe con las trabas de los viejos prejuicios y se lanza resueltamente a la conquista de una posición social que ha de darle, por de pronto, un bienestar y una independencia.

DIOSITA. Y para mí.

MAR. Tú no tienes una fortuna, ni la has de heredar, ni diste un paso siquiera para tratar de ganarla. ¿Por dónde ha de venir a ti la independencia? ¿Por desearla nada más?

DIOSITA. Ya veremos...

MAR. Eso no es respuesta. Y si te ha de sostener siempre un padre, un marido, un pariente..., ¡eres antigua y bien antigua!

DIOSITA. No por gusto mío...

MAR. Lo moderno es libertad, entrar y salir sin que nos pidan cuenta, pero tú no vas a un taller, ni a una ofi-

cina, ni a una cátedra..., ¿para qué pides tú la libertad? ¿Para ir al tennis? ¿Solamente para ir al tennis o al cine?

DIOSITA. ¡Perdóname!

MAR. No se trata de perdonar, que eso una vez y cien veces; se trata de hacerte reflexionar en la necesidad imperiosa de seguir un camino, cualquiera, pero uno.

DIOSITA. Muchas han encontrado..., ¿por qué no he de encontrar yo?... Saldré adelante.

MAR. ¿Con todas tus ambiciones?

DIOSITA. Con muchas de ellas. Y estoy segura de lograrlo por mi fuerza de voluntad, por la suerte mía, y por la protección de Dios, que nunca me ha faltado.

MAR. Me parecen las tres grandes razones, pero fíjate, eh, fíjate: ¡eso también es anticuado!

DIOSITA. ¿El qué?

MAR. Dios.

DIOSITA. (*Riendo.*) No es moderno, no..., pero con algo antiguo hay que transigir para que no digan. (*Mutis.*)

MAR. Mientras me tenga a mí...

ESCENA V

Dichos: DON LEANDRO y, a poco, IGNACIO.

LEANDRO. Buenas...

MAR. (*Llamando.*) ¡Ignacio! ¿Cómo andamos?

LEANDRO. Descontando los alifafes reglamentarios, perfectamente.

IGNACIO. (*Saliendo.*) ¡Hola padrino! Me parece que estoy pronto de albricias.

LEANDRO. ¿Por?...

IGNACIO. Esa plaza de ingeniero jefe de los Saltos de Peñagallos.

LEANDRO. ¿Para ti, al fin?

IGNACIO. Dicen...

LEANDRO. (*A Marcelina.*) ¿Es una empresa de don Antero, verdad?...

MAR. (*Riendo.*) No sé. Yo, negocios...

IGNACIO. No. La casa ha financiado la emisión de acciones, pero no tiene nada que ver en la marcha del asunto.

LEANDRO. Creía...

IGNACIO. Despacito, pero voy consiguiéndolo todo. En mi carrera, en haber podido sacudir el yugo de la oficina, en la estimación profesional de mis compañeros..., y dentro de casa no digamos: *el summum*. Usted lo sabe.

LEANDRO. Sí, sí.

MAR. (*Sonriendo, pero encarándose bien con don Leandro.*) Si alguna vez hablé por él, ahora habla él por mí.

LEANDRO. Le oigo.

MAR. Y para mí no cabe ya mayor satisfacción. (*Despacio y erguida, mutis.*)

LEANDRO. Se comprende.

ESCENA VI

LEANDRO e IGNACIO.

IGNACIO. Y todo ello un poco a imagen de usted en lo de proceder siempre correctamente, incluso por el egoísmo de llegar en santa paz a mi final. Como en el soneto de don José de Carvajal:

Quiero morir en brazos de mi hijo;
quiero morir cristiano y caballero;
quiero morir besando un crucifijo...,
¡y sé que no es morir esto que quiero!

LEANDRO. Le conocí mucho. Un gran republicano, alma de patriota, ojos de iluminado y barbas de profeta. Fué el ministro de Estado que habló con todos los embajadores en su idioma respectivo.

IGNACIO. Ya supone cultura.

LEANDRO. Enorme, enorme.

ESCENA VII

Dichos: Teofilo y Solsona.

Solsona. Por las escaleras hemos fraternizado en la amistad... y en el disparate.

Leandro. Quizás haya que felicitarles, que el mundo ahora es del atrevimiento.

Teofilo. Bastante tiempo fué de otras cosas.

Leandro. Esa no es razón concluyente, que no vamos a decir: *que derriben ese monumento por que lleva en pie muchos siglos, que cieguen esa fuente por que lleva eternidades brotando de la misma peña...*

Ignacio. Dice usted perfectamente.

Teofilo. Pues no dice perfectamente; que si el monumento está ruinoso..., ¡fuera!, si la fuente estorba para urbanizar la calle ¡fuera! Desbrozar, y donde no baste, triturar.

Ignacio. Hombre, Teófilo...

Leandro. ¿A usted le han colocado ya?

Teofilo. No.

Leandro. Entonces tinene usted razón: triturar, triturar.

Teofilo. Por algo así habré de arrancarme, que van siete meses y no puedo esperar más.

Ignacio. ¿Tanto escasean los puestos?

Teofilo. No. Había y había..., pero por lo visto fueron carreras de galgos o de zorros y no supe bien la madriguera.

Leandro. Quizás no les agrade mucho situar muy cerca a quien la fama atribuye el ser díscolo y resuelto.

Teofilo. ¿Hasta personalmente van a recelar de mí?

Leandro. Yo no lo afirmo.

Solsona. (*Riendo.*) Yo, sí.

Teofilo. En lo material, en exigir un sitio que me corresponde, ya veo que estorbo, y en lo inmaterial, en sostener mis convicciones, diríase que también estorbo. El domingo me invitaron a un mitin: hablé como siempre, dije lo de

siempre... y no me aplaudieron como siempre. ¿Es que ya no soy el mismo?

SOLSONA. ¡Qué ha de ser! Le creen arriba y le tocó la vez de que le insulten, amigo Teófilo. No es cuestión de razones: es cuestión de turno.

TEOFILO. A mí, a mi persona, lo admito, pero las ideas son hoy lo que eran ayer.

SOLSONA. ¡Quizá, hombre! Las ideas que sirven para subir no sirven para estar arriba. Eso es más viejo que el andar a pie. Ideas y modas, por temporadas.

LEANDRO. Perdone usted. Hay ideas eternas.

SOLSONA. Y modas también. La de la hoja de parra, por ejemplo. Era el único traje del Paraíso y es el único de las playas.

LEANDRO. Yo a lo mío me atengo, que no siendo un gobernante con altos deberes sociales, la misión del hombre en la tierra es muy sencilla: hacerse una posición y sostenerla, crearse una familia y procurar dejarles el porvenir asegurado.

IGNACIO. No les haga caso...

LEANDRO. No les contesto a ellos: contesto a la juventud de hoy que piensa toda igual.

TEOFILO. Precisamente, para evitar ciertas crueldades, es nuestro desiderátum del Gran Hospicio para todos los que nazcan, y del Gran Asilo para todos los que envejezcan.

LEANDRO. ¡Eso no lo pueden desear todos!

TEOFILO. Ni eso ni nada, que la conquista mejor de los tiempos nuevos es que no haya una verdad oficial y que todos tengamos la verdad que en cada momento nos convenga.

LEANDRO. Ustedes, ustedes, que yo no hago equilibrios con mis creencias, y así como en otras épocas se decía, creyendo resumirlo todo: *mi olla, mi misa, y mi doña Luisa...*, yo digo ahora lo que he dicho siempre: *mi realidad, mi tranquilidad y mi verdad.*

TEOFILO. ¡Es un asombro! Parece que hablan desde las Catacumbas...

LEANDRO. No evangelizo, no; pero en una esfera más modesta, yo

le digo a usted que hay cosas que se repelerán siempre por naturaleza y por esencia: un militar teniendo miedo, un sacerdote de costumbres licenciosas y un caballero que mienta.

TEOFILO. Según usted no se debe mentir.

LEANDRO. No.

TEOFILO. (*Riendo.*) ¿Nunca?

LEANDRO. Nunca.

TEOFILO. (*Indignado.*) ¡Qué cosas tan absurdas dice usted, señor! ¿De modo que cuando yo vuelva a conspirar, que es a lo que me empujan, al detenerme la policía debo contestar que sí, que conspiro, que nos reunimos en tal sitio y que en tal otro tenemos las armas escondidas?

SOLSONA. (*Riendo.*) ¡Es un buen consejo!...

TEOFILO. ¿Y debo decir quiénes son los comprometidos y dónde vive cada uno de ellos, para que de una sola redada se los lleven a todos a la cárcel? Si todas las caballerosidades de usted son como esa, ya se las puede usted guardar, don Leandro, que yo prefiero la canallada de mentir y de no denunciarles.

LEANDRO. Ese es un caso excepcional.

SOLSONA. Excepcional es todo. Basta con mirar desde otro lado para que sea otro el paisaje, y otra la luz, y otra, naturalmente, la impresión.

LEANDRO. No lo niego.

TEOFILO. Y después de todo, lo mismo da que las gentes se impresionen o que no.

LEANDRO. Eso sí lo niego. Ya sé bien que hoy está en predicamento el figurarse que todo es lícito si hay fuerza para hacerlo, pero aun en ese desmoronarse de las pasiones y de los apetitos, siempre habrá algo superior e inapelable que se imponga por fin a todos los demás.

SOLSONA. Conforme.

TEOFILO. Siempre.

LEANDRO. La conciencia.

SOLSONA. No. La razón.

TEOFILO. No. La star.

IGNACIO. Venga, don Leandro, venga...

LEANDRO. No les puedo seguir por esos precipicios a que ustedes se asoman con tanta naturalidad y a mí me dan vértigos, pero yo no comprenderé nunca, ni aun admitiendo los máximos rebajamientos, que se pueda vivir como los irracionales, sin dedicarse a un trabajo, al que usted quiera, pero a uno; sin una idea moral, la que usted quiera, que todas las del mundo son bastante parecidas, pero con una base moral, y, desde luego, sin una religión, la que usted quiera, pero una.

TEOFILO. Amén.

LEANDRO. No es palabra que esté hoy muy en alza, pero tampoco está por los suelos todavía. Yo se la acepto.

TEOFILO. Pues dicha.

LEANDRO. Dicha. Amén, señores míos. (*Mutis seguido de Ignacio.*)

ESCENA VIII

SOLSONA, TEOFILO, luego MARCELINA.

SOLSONA. (*Riendo.*) Los hemos asustado un poco.

TEOFILO. Siempre traigo el propósito de no discutir, pero luego no puedo contenerme, que sobre todo el eco, el Ignacio, me saca de quicio.

SOLSONA. Si son antipatías instintivas no hay nada que replicar.

TEOFILO. Quizás...

SOLSONA. Pero si no es injusto, que Ignacio es una gran persosona y el otro es casi venerable.

MAR. (*Entrando.*) ¿Quién?

SOLSONA. Don Leandro.

MAR. Sin casi. Puede que algo severo en demasía, pero aun en eso, la culpa es más nuestra que suya.

SOLSONA. (*Riendo.*) Conmigo, seguramente.

ESCENA IX

Dichos: DIOSITA.

DIOSITA. Tía Antonia, que hagas el favor de bajar.
TEOFILO. ¿Vino con alguien?
DIOSITA. Creo.
TEOFILO. Ha de ser recado de la federación. (*Mutis.*)

ESCENA X

MARCELINA, DIOSITA y SOLSONA.

SOLSONA. Las papeletas para el martes.
MAR. ¿A qué hora?
SOLSONA. Los grandes oradores no hablamos antes de las cinco.
DIOSITA. ¿Y los pequeños?
SOLSONA. Cuando nos suelta el presidente...
MAR. ¿De qué ha de hablar?
SOLSONA. Defendiendo el divorcio, pero no desde el punto de vista de los casados, sino de los solteros.
MAR. Son los que más lo necesitan.
SOLSONA. En mi opinión, sí, señora. Antes decíamos. (*Señalándola.*) Esta mujer... Es un ejemplo, Diosita.
DIOSITA. Sigue, que estoy muy hecha a ser ejemplo.
SOLSONA. Esta mujer va a ser mi felicidad..., pero si me equivoco y sale una harpía..., ¡me reventé!...; ¡aprobada la ley no hay equivocación posible, pues con decir, *mira, niña!...*
DIOSITA. O mira, niño..., ¡ahueca!
SOLSONA. No es término jurídico, pero da bien la idea de la separación conyugal.
DIOSITA. ¿A ver si te luces, eh?...
SOLSONA. Mi mayor éxito parlamentario será el que tú después lo comentes, diciéndome: *Juan Manuel, tendré mucho gusto en divorciarme de ti.*
DIOSITA. Puede que no fuera desagradable.
MAR. ¡Da grima oíros hablar así!

DIOSITA. ¿Lo vamos a tomar por lo trágico?

MAR. No...

SOLSONA. Y a otra cosa más interesante aún. Me ofrecen un dogo, un cachorro.

DIOSITA. ¿Dogo de Ulm?

SOLSONA. Atigrado, precioso.

DIOSITA. ¿De esos grandes?

SOLSONA. La madre es enorme.

DIOSITA. (*Encantada.*) ¡Ay, Juan Manuel!

SOLSONA. He preguntado si come, me han dicho que sí, que mucho, y les he explicado que en este aspecto éramos incompatibles el dogo y yo. Pero si lo quieres para ti lo aceptaré.

DIOSITA. ¡Ya lo creo! ¿Me lo dejas, tiíta?

MAR. ¿Pero, tú estás loca? ¿Te das cuenta del gasto y de la molestia para quien lo cuide?

DIOSITA. Sí...

MAR. Es un animal de lujo.

SOLSONA. Eso, indudablemente.

MAR. Y nosotros ni casa para tenerlo.

DIOSITA. No lo quiero, Juan Manuel.

SOLSONA. Bueno. Ven a salvarme, que no soy punto de aguante para el juego. (*Mutis los dos.*)

DIOSITA. Vamos.

ESCENA XI

MARCELINA, ANTONIA.

(*Pausa.*)

ANTONIA. Hola, hermana.

MAR. ¿Qué hay, Antonia?

ANTONIA. Lo de siempre para mí. A trompicones con unos y a resignaciones con otros.

MAR. ¿No te acaba de ir bien?

ANTONIA. Ni mediano tampoco. ¡Y a berrinche diario! Aún ayer la Valle, la de Guillermo Valle, que se pasa la vida dando escándalos con el marido, que hasta por las calles se pegan, se permite el lujo de volver la cara cuando me encuentra: *que no soy una señora casada.*

MAR. Eso ya es una mamarrachada; que legal lo tuyo es tan legal como el que lo sea más.

ANTONIA. Y tan respetable.

MAR. Muy respetable, sin discusión, pero irreprochable; sólo hay una clase de matrimonios.

ANTONIA. ¿Nada más?

MAR. Nada más.

ANTONIA. ¿Luego para vosotros no están bien casados los protestantes, los mahometanos, los budistas..., los infinitos de las infinitas religiones y sectas que se extienden por el Universo?

MAR. (*Riendo.*) Claro que lo están.

ANTONIA. ¿Y los tratáis?

MAR. Pues claro que se les trata.

ANTONIA. ¿Y entonces?

MAR. Ya sé a dónde va ese entonces. Si tratamos a los que están casados, o unidos, o juntados según Lutero, según Calvino, según Mahoma o según Confucio, que ninguno de ellos fué santo..., ¿por qué no hemos de tratar con la misma consideración a los que están unidos según Lerroux, según Marcelino Domingo o según Sánchez Román, que ninguno va tampoco para santo?

ANTONIA. ¿Por qué?

MAR. Aunque no suena igual Confucio que Marcelino Domingo... ¡pero tiempo al tiempo, que ya sonará!

ANTONIA. Probablemente.

MAR. ¿Teófilo no cede nada en esa cuestión?

ANTONIA. ¿Ceder? ¡En lo que anda estos días es en renegar de la humanidad entera!

MAR. (*Afectuosa.*) ¿No adelantáis?

ANTONIA. Ni un paso. Y ahora veremos cómo le sienta el buche que le hacen tragar abajo.

MAR. ¿Otra negativa?

ANTONIA. Peor. Un ofrecimiento mezquino. Lo va a tomar a burla... ¡y lo es!, y con el mal genio que tiene y la razón que ahora le sobra, ¡vamos a oír a Teo desde aquí, Marcelina!

MAR. Muy de prisa no le han servido...

ANTONIA. Y lo horrible es que ya habla de marcharse para or-

ganizar unas cuantas algaradas y que se enteren por aquí de quién es él todavía por las malas.

MAR. ¡No le dejes!

ANTONIA. ¿Dejarle? ¡Si estoy espantada! Eso seguramente es la cárcel otra vez, y la cárcel, cuando te meten en ella los correligionarios, suele cerrarse para mucho tiempo.

MAR. ¡Hay que evitarlo a todo trance, Antonia!

ANTONIA. ¡Figúrate si yo lo desearé! A él, sólo por marcharse, sin que alborote y sin que le persigan, le retrasarán más su colocación. Y a mí, que estoy autorizada para examinarme en mayo de las dos únicas asignaturas que me quedaron colgadas en la Normal superior..., ¡calcula el quebranto que me supondría!

MAR. Un desatino el marchar.

ANTONIA. ¿Verdad?

MAR. Garrafal. Una locura el iros.

ANTONIA. (*Echándose a su cuello.*) Entonces..., ¡por lo que más quieras en el mundo, por tus hijos, ampáranos, Marcelina!

MAR. No seas chiquilla...

ANTONIA. Es que no tenemos a nadie más que a ti.

MAR. Pues ya estoy yo, boba.

ANTONIA. Mucho llevas hecho por nosotros, tanto que Teo no me dejaba que te hablara por miedo al desaire...

MAR. Pues se equivocó.

ANTONIA. Menuda alegría será para él también.

MAR. ¿Qué quieres tú?

ANTONIA. Para serte menos gravosos, y mientras se resuelve lo de él o lo mío..., que nos tengas en tu casa. Un rincón, una cama y un cacho de pan...

MAR. No es eso lo que podrá discutirse nunca entre nosotras.

ANTONIA. Pues lo que tú dispongas. ¡Y paz, eh, paz! Ni una visita para nosotros, ni una palabra a discutir..., ¡paz, paz, te lo juro!

MAR. Ese temor nos detuvo muchas veces...

ANTONIA. Pues no lo tengas ya, que antes de una palabra que os mortifique me dejaré hacer pedazos. Y Teo igual. Créeme, créeme

MAR. Sí te creo.

ANTONIA. ¿Y lo harás?

MAR. Hoy mismo se lo rogaré á Ignacio.

ANTONIA. (*Abrazándola de nuevo.*) ¡Ay, Mar, Mar...!

MAR. No te exaltes, mujer.

ANTONIA. ¿Cómo quieres que no me llegue un favor tan grande?

MAR. Siéntate, siéntate... y comprende que habiendo una manera de que termine la situación falsa en que s encontráis, yo tengo obligación de serviros sin vacilar.

ANTONIA. Obligada no..., ¿por qué?; y situación falsa la mía, no..., ¿por qué?

MAR. Por lo que has tenido que sacrificar a ese amor.

ANTONIA. Nada; que no le he llamado nunca sacrificio a compartir alguna penalidad con quien me quiere.

MAR. En ese sentido, nadie, que muy contadas serán las que no hayan sacrificado algo para ser buenas... y a veces por ser malas.

ANTONIA. De otras no sé nada.

ESCENA XII

Dichas: IGNACIO.

MAR. Me refiero más a renuncia de ideas y de convencimientos.

ANTONIA. De eso sí que sé... De la verdad hermosa que se dice a la verdad absurda que recogen los que escucharon, hay mundos y mundos.

IGNACIO. (*Dándole ahora la mano.*) Casi siempre...

ANTONIA. De la verdad completa que se dice a la verdad en pedazos que se lleva cada uno..., más mundos. Y no hablemos del abismo entre lo que se dice y lo que se entiende... o se quiere entender. "*Todos los hombres tienen derecho a vivir...* y entienden; *todos los hombres tienen derecho a vivir... a costa de otros hombres. La Tierra debe sostener a todos...* y entienden: *¡A todos! ¡Quítate tú!*

IGNACIO. Es lo más breve.

ANTONIA. Quizás, pero a los que van de buena fe, como Teófilo y otros muchos, se les cae un poco la voluntad...

ESCENA XIII

Dichos: TEOFILO.

TEOFILO. Lo que era de temer. ¡Que no pueden de momento, que aguarde...; vamos, que me anule!

IGNACIO. Paciencia, Teófilo.

TEOFILO. Paciencia, sí, es un recurso. ¡Maldita sea su alma, si es que la tienen esas malas bestias!

ANTONIA. Teo, Teo...

TEOFILO. Pues ya lo sabes, Tonia. Mañana, al tren; pasado, yo me revolveré a mi gusto; y antes de ocho días, a la cárcel, o un tiro, o las dos cosas.

ANTONIA. (*Sonriendo.*) No.

TEOFILO. (*Riendo desesperado.*) ¡No!

ANTONIA. (*Cogiéndole suplicante la mano.*) ¿Verdad que no, Marcelina?

MAR. No.

ANTONIA. Es tan buena que nos admite en su casa.

TEOFILO. (*Gozoso.*) ¿Sí?

MAR. Sí.

TEOFILO. (*Abalanzándose a besarla en el pelo.*) ¡No sabes el favor que nos haces, no lo sabes, no lo sabes!

ANTONIA. Ya te lo dije: ¡brincará de júbilo y de agradecimiento!

IGNACIO. ¿Pero, por qué es todo esto?

MAR. Hoy se habló y hoy te lo hubiera consultado, pero la desesperación de Teófilo precipitó el que lo supieras tú indirectamente.

IGNACIO. ¿Pero, el qué? ¿Tenerlos con nosotros?

MAR. Sí.

IGNACIO. ¿Tú estás loca, Marcelina?

ANTONIA. ¿No? (*Se deja caer desconsolada en una silla.*)

MAR. Ignacio, ¡por mí!

IGNACIO. Pues también por ti no puede ser.

ESCENA XIV

Dichos: DIOSITA, que se quedó inmóvil apenas entra.

MAR. Te lo suplico.

IGNACIO. No.

TEOFILO. Ni hace falta que sea ya, que a mala gana de dar, tengo yo peor gana de recibir.

MAR. Puede que aún no sea la decisión irrevocable...

TEOFILO. Pues que se la guarde ya. (*A Antonia.*) Tú ves cómo era estúpido el aguardar generosidad de este hipócrita roñoso? ¿Lo ves, lo ves?

MAR. Teófilo.

TEOFILO. Tú, dispénsame... ¿Y tú, qué haces aquí sentada todavía? ¿Qué haces tú donde te dan patadas? ¡Levántate, levántate!

MAR. Ignacio quiere hablarte.

TEOFILO. No tengo nada que hablar con él.

IGNACIO. Yo, sí.

TEOFILO. Pues aligera para no quedarte con la palabra en la boca.

IGNACIO. Ni a que os vierais cuanto hayáis querido, ni a que hiciera por vosotros lo que consideró oportuno, hubo limitación por mi parte. ¿Exacto?

MAR. Exacto.

IGNACIO. Por consecuencia, ni roñoso ni hipócrita.

TEOFILO. ¿No...?

IGNACIO. No. Pero si yo soy muy dueño de apreciar las cualidades y el trato de los demás, yo no puedo, ni por deber ni por conveniencia, imponerles a mis hijos y en la intimidad el mal ejemplo que dais ya con vuestra presencia.

TEOFILO. (*Abalanzándose al terminar la frase.*) ¿Qué mal ejemplo puede dar Antonia a tus hijos? ¡El tuyo será el malo, el tuyo!

MAR. (*Defendiendo a Ignacio.*) ¡Teófilo!

ANTONIA. (*Cogiendo y separando a Teófilo.*) ¡Teo, Teo...!

IGNACIO. Y si yo fuera tan imprevisor que autorizara tal licencia, tampoco valdría, por aislarnos de todos, que los

demás y sobre todo *los* demás no iban a tener esa despreocupación y esa benevolencia.

TEOFILO. En ese caso no necesita Antonia la benevolencia de nadie. Si acaso la necesitarán otras, ¿sabes?, otras.

ANTONIA. Ven, ven...

TEOFILO. Y para que lo sepan esas amistades tan meticulosas —probablemente un atajo de brujas...—, ya les puedes decir que Antonia, mi Antonia, es tan casada y tan bien casada como la mejor de ellas.

IGNACIO. Bien.

TEOFILO. Que por ser de un hombre, y únicamente para un solo hombre, se considera tan honrada y tan decente como la que más.

ANTONIA. Ven.

TEOFILO. Y desde luego muchísimo más que la que sea para dos..., que las bendiciones nunca han sido impedimento absoluto. ¿No, verdad, no?

IGNACIO. No.

TEOFILO. Y si aún apuran mucho, si te mortificaran mucho con mojigaterías inaguantables...

ANTONIA. Ven.

TEOFILO. Les puedes decir, además, que la que viene como ella implorando que la socorran es indudablemente porque no sabe, como otras, que todo está pagado sólo con entrar en las Bancas por la alcoba.

MAR. (*Pausada.*) ¿En la Banca de quién?

TEOFILO. De cualquiera.

MAR. ¿Qué más?

TEOFILO. Nada más.

MAR. Sigue tú preguntándole, Ignacio, tú.

IGNACIO. ¿Qué?

MAR. Todo. Lo deseo yo.

IGNACIO. Y yo. Qué más, Teófilo.

(*Mientras Ignacio se volvió, Antonia se ha encarado con Teófilo, sacudiéndole además bruscamente, con la pregunta ansiosa, pero muda*: ¿A dónde vas? ¿Qué haces?)

TEOFILO. Nada.

IGNACIO. El no seguir ahora es una canallada mayor aún que la de haber empezado. ¿Qué más, Teófilo?

TEOFILO. Mi palabra...

MAR. Con palabras fué el despertar sospechas.

TEOFILO. Interpretáis mal... o indudablemente me expresé yo mal.

ANTONIA. Todos fuímos más allá de nuestros pensamientos.

IGNACIO. Yo, aún no. ¿Qué más, Teófilo, qué más?

TEOFILO. Pediros que dispenséis... (*Mutis.*)

IGNACIO. Bien. Pero por decirlo, si lo ibas a decir, o por callarlo, si al fin no te atreves a decirlo, canalla eres, canalla, canalla. canalla. (*Mutis.*)

ESCENA XV

MARCELINA y DIOSITA.

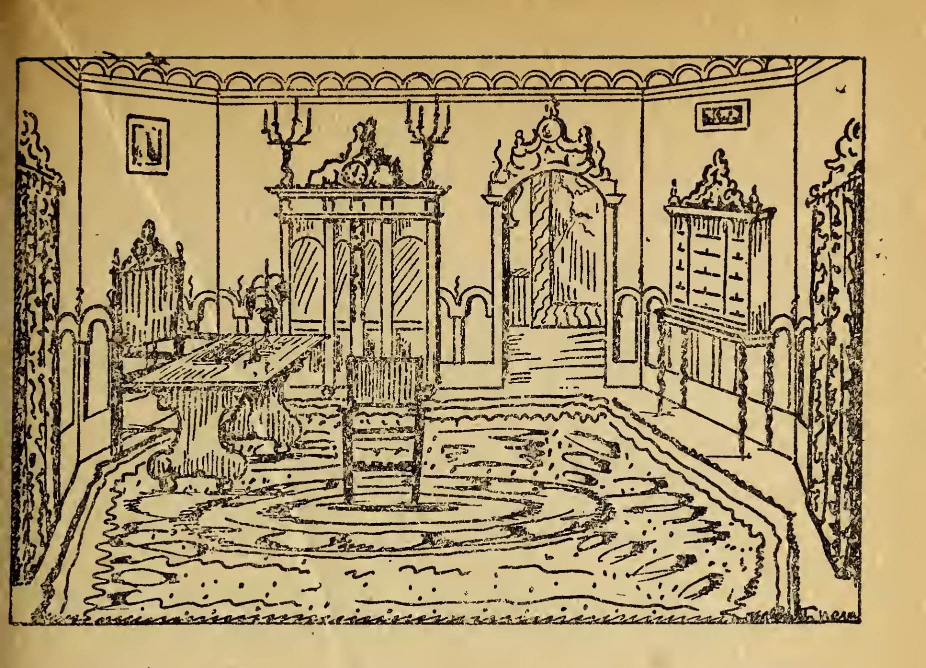
(*Marcelina escucha ansiosamente.*)

DIOSITA. ¿Tenías miedo? Por ellos, bueno, pero tú, ¿qué miedo ibas a tener de una calumnia?

MAR. ¿Yo...? Ninguno, ninguno... Y si lo tuviera, te diría también: ¡ninguno, ninguno! (*Y a medida que afirma se va irguiendo el cuerpo de Marcelina; es la voluntad que se impone.*)

TELON





ACTO TERCERO

Un buen despacho en casa de don Leandro. Frailunos bargueños, cuadros combríos. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DIOSITA, sentada. SOLSONA, de pie curioseando. PEDRO, de pie.

PEDRO. No tardará, no, señora. Podrán ser las diez y cinco o las diez menos cinco, pero a las diez aparece por casa mi señor don Leandro.

DIOSITA. Es muy metódico.

PEDRO. Mucho. ¡Aquí no nos preocupa que se pare el reloj..., cómo no se pare el amo ya sabemos qué hora es!

DIOSITA. Muy bien.

PEDRO. Con su permiso... (*Mutis.*)

ESCENA II

DIOSITA y SOLSONA.

SOLSONA. Es fantástico el haberme convertido sin más ni más en tu caballero andante.

DIOSITA. ¿A quién había de acudir que tuviese influencias por esos mundos de los Juzgados...?

SOLSONA. Se me ocurrió todo menos verme sacando de la comisaría al formalísimo señor don Ignacio de Fondeviela

DIOSITA. Parecía que aceptaba las explicaciones, pero en cuanto salió de casa, y como si ella fuera lo único que lo contuvo hasta entonces, se lanzó a unas violencias lamentables.

SOLSONA. Ya me lo dijo Teófilo.

DIOSITA. Todo ha sido inconcebible.

SOLSONA. Y gracias a la presencia de las mujeres, que le hizo atemperar un poco su arremetida, pues si no con la indignación de que le insultaran a su Antonia, hubiera largado todo el cuento... y ya veríamos después quién lo explicaba.

DIOSITA. No tiene perdón Teófilo. Siendo la cosa lo que es, una calumnia, no se puede disculpar, y si fuera cierta, el acusar, descubrir así, es de una villanía tal...

SOLSONA. Alto, alto. Ni verdad ni mentira le dispensaré nunca esa índole torpe de alusiones, pero Ignacio no hubiera aprendido nada aunque hoy se lo revelaran todo.

DIOSITA. ¡Juan Manuel!

SOLSONA. ¿Aún estamos en eso, Diosita?

DIOSITA. (*Más suave, pero con más dolor.*) Juan Manuel...

SOLSONA. Todo Madrid lo sabía...

DIOSITA. ¿Todo Madrid? (*Rotunda.*) Yo, no.

SOLSONA. Bien, tú...

DIOSITA. Los niños..., ¡¡pobrecitos...!!; ni la menor idea de una desavenencia entre los padres.

SOLSONA. Bien, ellos...

DIOSITA. ¿E Ignacio...? ¡Tú no le conoces ni tienes por qué, pero yo que le conozco, y tengo por qué!, te aseguro cómo de mí misma que es falso, de toda falsedad, el que lo supiera. ¡¡Falso y villano y de ruin!!

SOLSONA. Dispénsame, pero ni pasárseme por la imaginación el que pudieras ignorarlo.

DIOSITA. Y además no creerlo, porque en los cinco años que llevo viviendo con ellos...

SOLSONA. Es de antes.

DIOSITA. ¿Antes?

SOLSONA. De una época de apuros...

DIOSITA. Entonces, mi padre, que aun podía, les atendió muchas veces, y ellos no lo ocultan.

SOLSONA. No.

DIOSITA. ¿Para qué acudir a otro? ¿Y si había el otro, para qué agobiar a mi padre?

SOLSONA. Porque lo vuestro era lo confesable, y a la sombra de eso iba pasando lo demás.

DIOSITA. Tampoco, porque inmediatamente ganó Ignacio con sus estudios y en sus planos.

SOLSONA. En los planos que premiaba don Antero.

DIOSITA. No, ni uno. Te lo puedo demostrar.

SOLSONA. A su nombre ni uno, ya lo sé. Era más discreto y no le costaba trabajo hacerlos premiar por otros.

DIOSITA. A todo hay contestación...

SOLSONA. Yo no afirmo con juramento que sea lo que dicen, y menos cuando tú lo niegas, pero maneras de adormecer la confianza de un marido hay a docenas, sin caer en los clásicos recursos de la mujer mañosa, que compra por dos lo que vale seis, o del billete de lotería que se regala después de premiado, y que el propio marido va a cobrar para mayor convencimiento de por donde viene aquella suerte.

DIOSITA. Eso lo sé. Pero sí te admito la posibilidad—para mí hasta hoy era imposible—de que haya una traición, en cambio te garantizo, te juro, que es mentira el que Ignacio lo supiera. Mentira que la supiera y tolerarla, aprovecharla, consentirla, mentira, pero no una vez; miles de miles de millones de mentiras.

SOLSONA. Prefiero creerte a ti, Diosita.

DIOSITA. Pues, créeme, y si alguna vez vuelve a tus labios el dicho refranero o comediero, dilo en firme y en rotundo. Todo Madrid lo sabía, ¡¡todo Madrid menos él!!

SOLSONA. Por mí perfectamente, pero lo malo es que venga a preguntárselo a quien lo puede saber perfectísimamen-

te y a quien no vacilará en cumplir lo que cree su deber.

DIOSITA. ¿A costa de Ignacio?

SOLSONA. Y a costa de sí mismo. Esa es la autoridad enorme de una palabra suya.

DIOSITA. Cierto...

SOLSONA. Y no hay que sorprenderse de nuestros disparates, que todos desbarramos de lo lindo cuando nos acomete el gran miedo.

DIOSITA. El de la muerte, sí.

SOLSONA. No, el de la vida. No sé si alguien se habrá preguntado alguna vez; "¿Cómo voy a morir?". Pero sé que todos nos preguntamos casi a diario; "¿Cómo voy a vivir, cómo...?".

ESCENA III

Dichos: PEDRO.

PEDRO. El señor. (*Mutis.*)

SOLSONA. Bien. Te aguardo abajo.

DIOSITA. Sí. ¡No! (*Sonriendo triste.*) Como quieras, Juan Manuel. (*Mutis Diosita, por donde Pedro y Solsona por otra puerta.*)

ESCENA IV

DON LEANDRO trayendo a DIOSITA.

LEANDRO. (*En escena se quita el gabán y el sombrero.*) ¿Esperaste? Siéntate.

DIOSITA. No quiero que me encuentre alguien aquí y mi deseo lo digo en un minuto.

LEANDRO. En lo que fuere.

DIOSITA. ¿Sabe usted lo que ha pasado?

LEANDRO. Vino Antonia a buscarme para que libertara a Teófilo, y llegamos allí momentos después de que vosotros salierais con Ignacio.

DIOSITA. Entonces..., ¿la pelea?, ¿el motivo?, ¿los golpes...?

LEANDRO. Sí

DIOSITA. No me queda, de mi plan, más que llamarle a usted la atención de cómo estará Ignacio, para que él, tan correcto, ande a puñetazos por las calles. ¡Como loco, don Leandro!

LEANDRO. A veces hay razón en algunas locuras...

DIOSITA. Lo mío no es aconsejarle a usted nada..., ¡qué ha de ser eso! Es que los quiero muchísimo y no sé qué hacer para hacer algo por ellos.

LEANDRO. Por de pronto, quererles, y después ya irán diciendo las cosas mismas cuál es el mejor modo de servirles...

DIOSITA. De mí disponga.

LEANDRO. Ya lo sé, pero ahora queda lo difícil, el que tú... o el que alguien sirva de algo en estos trances.

DIOSITA. Eso... (*Mutis.*)

LEANDRO. (*Haciéndola una caricia.*) Ve con Dios...

ESCENA V

DON LEANDRO y PEDRO.

PEDRO. Señor, está su chocolate.

LEANDRO. Me quitaron la gana. Si viene alguien, que pase.

PEDRO. ¿Pero va a venir alguien? ¿A las once? (*Mutis.*)

LEANDRO. (*Sonriendo.*) Sí, a las once, a las once. (*Va a sentarse.*)

ESCENA VI

DON LEANDRO. MARCELINA.

MAR. (*Quedando inmóvil en la puerta.*) Don Leandro...

LEANDRO. (*Levantándose, lento.*) Te aguardaba. Sabes que tu marido va a venir, supones demasiado para qué vendrá y tratas de anticiparte. Es lo natural, pero a mí me duele ya la imposibilidad de complacerte.

MAR. ¿Imposibilidad? Tocar una estrella..., mover una montaña con la mano..., todo lo que materialmente no se puede hacer, está bien dicho que es imposible, pero de lo demás yo no lo diría, que lo muy difícil y lo absurdo también ya se vió realizado muchas veces.

LEANDRO. No lo niego.

MAR. Entonces esta puede ser una vez más.

LEANDRO. Esta no, porque en el orden de las imposibilidades materiales pongo el que yo pueda decir una mentira. No las he dicho nunca, y no voy a manchar con ellas el final de mi vida.

MAR. Así lo comprendo yo también.

LEANDRO. Claro que yo no fuí jamás por prurito de exactitudes a ser espontáneamente delator de nadie, pero si me buscan, si no puedo rehuir la contestación, si apelan a mi propio honor para defender el suyo, entonces, aun sintiéndolo con toda mi alma, será lo que sea, pero mentira no será.

MAR. ¿Y quién le propuso a usted que lo fuera?

LEANDRO. (*Desconcertado.*) ¿Quién me propuso...?

MAR. Sí, ¿quién?

LEANDRO. ¿No vienes tú para eso?

MAR. (*Con desprecio.*) ¿Yo?

LEANDRO. ¿No?

MAR. No.

LEANDRO. A fingir que ignoro...

MAR. ¡No!

LEANDRO. Cuando menos a que atenúe...

MAR. ¡¡No, no!!

LEANDRO. (*Cada vez más desconcertado.*) Entonces, forzosamente, voy a decir lo que sé.

MAR. Sí.

LEANDRO. ¡Pero es tu perdición con Ignacio!

MAR. No.

LEANDRO. ¿Que no?

MAR. (*Adelantando ahora.*) ¡No! Y la prueba es que yo misma, yo, vengo a suplicarle, a encarecerle, y si es menester a exigirle que diga usted la verdad, don Leandro.

LEANDRO. Me desconciertas, sí, me desconciertas, pero habla a ver, habla. (*Lentamente va a sentarse.*)

MAR. Aparte de las palabras malvadas que dieron origen a la reyerta, y que están ya desmentidas, contra mí no hay acusación, ni siquiera insinuación.

LEANDRO. Ninguna. Tu persona descartada por completo.

MAR. Perfectamente. De modo que para mí y por fuera, ter-

minó el asunto. Por dentro, en el ánimo de Ignacio..., ¿terminado también...?

LEANDRO. Eso...

MAR. Pues eso es mi horror. ¡A que haya arraigado la sospecha, a que no le basten rectificaciones tardías..., y a que se lleve el diablo la paz que hasta hoy hubo en mi casa!

LEANDRO. Inconvenientes de ciertos olvidos. Al fin un día viene la vida con la cuenta atrasada, y no hay más remedio que pagarla.

MAR. Pagarla, sí, pero pagarla..., ¿quién?

LEANDRO. Aquí no hay duda.

MAR. ¿No...? Pongamos el caso de un matrimonio que se lleve bien.

LEANDRO. El vuestro.

MAR. Como ejemplo, el nuestro. De pronto el marido cae enfermo y tiene que estarse cerca de un año en la cama.

LEANDRO. Algo parecido os ocurrió a vosotros.

MAR. Algo, sí Durante ese tiempo, se entabla un diálogo chistosísimo entre el Estado y la enfermedad, *El Estado*: "Ya te concedí dos meses de licencia con todo el sueldo." *La enfermedad*: "Pero yo voy a durar más." *El Estado*: "Bueno, otro mes, ¡pero a medio sueldo, eh!" *La enfermedad*: "Pero yo voy a durar más..." ¡Esto es demasiado para la roñosería gubernamental y no lo quiere ni oír! ¡Arréglate como puedas que bastante hacemos reservándote la plaza!

LEANDRO. Excedencia sin sueldo.

MAR. Técnicamente eso, sí, señor. ¿Y sabe usted lo que significa esa técnica en casa de un empleado que no tiene más que el sueldo? En la mía, ponernos todos a régimen, suprimir el colegio de los chicos y ayudar yo misma a fregar y a barrer..., y en estas circunstancias, cuando todo se hundía, empezando por el carácter, que se nos volvió a todos agrio y vidrioso, se presenta—o mejor dicho—insiste una vez más cerca de la mujer un hombre que la rondaba.

LEANDRO. (*Severo.*) ¡Marcelina!

MAR. ¿Vamos a asustarnos en la primera palabra, don Leandro?

LEANDRO. No, no.

MAR. Entonces.

LEANDRO. Sigue...

MAR. Y con aquel hombre, caballero, de posición, de edad, de simpatía personal, y con él ya se descontaba la prudencia de su conducta, se plantea el problema a la mujer.

LEANDRO. Ninguno. En ese terreno, para la mujer buena, no hay cuestión jamás.

MAR. ¡Pero si eso era precisamente la cuestión!

LEANDRO. ¿Cuál?

MAR. La de ser buena, la de cómo ha de ser buena, y tratándose de mujer que nunca había sido mala, la de cómo será más buena hoy.

LEANDRO. Sólo de un modo.

MAR. Conformes, pero uno..., ¿cuál? Ser buena en el sentido usual de ser honrada corporalmente..., y si la casa se hunde, si se hunde el marido, si los hijos se quedan sin estudios y sin carrera..., ¡qué le vamos a hacer! Primero es el santuario de mi cuerpo que el bienestar material de mi familia.

LEANDRO. Claro.

MAR. (*Encogiéndose de hombros, desdeñosa.*) ¡Claro...! ¿Ser buena así o ser buena en el sentido más natural y más humano de estimar que no vale tanto mi cuerpo para que pueda valer más que mi casa, que mi familia y el bienestar de todos juntos?

LEANDRO. Incluso el tuyo.

MAR. ¡Incluso el mío, naturalmente! Pero no me deslumbraron, no, las ofertas generosas, que bien lo demostré después, no admitiendo nunca lo superfluo ni lo que hubiera de ir sólo en vanidades. Pero si a eso resistía, en cambio me convenció mucho el médico diciéndome que en la convalecencia pudiera ser peligroso que Ignacio trabajara demasiado pronto; me convenció mucho el de la tienda diciéndome que era menester liquidar algo de los atrasos, si habían de seguir sirviéndome los géneros; me convenció mucho el maestro diciéndome que los chiquillos necesitaban matrículas y libros...

LEANDRO. Lo de siempre en esos casos...

MAR. Y en mí lo de siempre también. Padecer, sufrir, vaci-

jar..., y al fin, caer. Lo que me parecía incorrecto para mí, lo encontré justo, y obligado, y hasta piadoso para con ellos, que uno por su dolencia y los otros por su corta edad no podían materialmente defenderse.

LEANDRO. La defensa de los otros, sí. Esas son las razones especiosas de todo el que necesita justificar un vicio o una inclinación irresistible.

MAR. (*Riendo.*) ¿Yo también?

LEANDRO. ¿Y tú por qué no...?

MAR. En serio, refiriéndose a una persona todo lo simpática y lo agradable que usted quiera, pero ya de cincuenta y tantos años en aquél entonces, ¿en serio piensa usted que hubo en mí un vicio o una pasión a la que no pudiera resistir? No. No intervino para nada el corazón ni el temperamento. Si procedí mal fué por equivocarme en mis reflexiones; y si procedí bien fué por acertar en ellas.

LEANDRO. ¿Después de los años aún no estás segura de haber procedido con acierto?

MAR. Del todo, no. Sé que por ese hombre no tuve nunca el menor motivo para arrepentirme; sé que en mi casa, aunque sin lujos, porque yo no los quise, no hubo jamás una privación; sé que mi marido ha recobrado la salud completamente, y sé que mis hijos van haciéndose por sus estudios unos hombrecitos de provecho. No sé más; pero cuando los veo felices, aun siendo un poco a costa mía, me parece que ya sé lo bastante de este asunto.

LEANDRO. En ese resumen que tú haces, tal vez quede algún cabo suelto, algún escrupulo de conciencia.

MAR. No.

LEANDRO. Mejor para ti.

MAR. Si volviera a encontrarme en las mismas circunstancias, volvería a resolverme de la misma manera, incluso porque no tuve otra, ¡ni mejor ni peor!... ¡Y cuando no hay más que un camino puede que la única torpeza sea el no andarlo!

LEANDRO. No temiéndole a los baches...

MAR. ¿Los baches son los juicios o los prejuicios...?

LEANDRO. Sí.

MAR. Cada día van quedando menos, que hoy hasta los

gorriones se comen ya el trigo al pie mismo de los espantajos.

LEANDRO. A esos el hambre los hace atrevidos.

MAR. Exactamente lo que a mí. Enfermedades, disgustos, complicaciones... ¿Por miseria, por hambre? ¿Y el trigo ofreciéndomelo a la mano? ¡Vaya, vaya, noramala los escrúpulos y los espantajos!

LEANDRO. Pensando de ese modo, no comprendo por qué te intranquiliza lo que yo pueda decir.

MAR. Por los otros, marido e hijos, por mí, que en el mejor de los casos no me puede gustar que mi nombre ruede en las conversaciones, y un poco también por usted mismo, don Leandro, que yendo a una gran lealtad para Ignacio, quizás vaya usted a una gran felonía para mí.

LEANDRO. ¡Eso con nadie nunca!

MAR. Ya sé que no somos grandes amigos, porque usted no quiere.

LEANDRO. Porque yo no pude. No te descubrí, porque no era esa la misión mía, pero claro que mis simpatías están con Ignacio, no contigo.

MAR. Lo sé, lo sé...

LEANDRO. Queriéndole mucho a él, no podía ser que te quisiera mucho a ti.

MAR. Lo sé, lo sé...

LEANDRO. Pero eso es una cosa; cometer felonía es otra, que no la hay jamás ateniéndose estrictamente a la verdad.

MAR. ¿A cuál?

LEANDRO. ¿A cuál?

MAR. Que en mi vida, como en la de todos, hay más de una verdad.

LEANDRO. ¿En un solo asunto?

MAR. En un solo asunto. En este mismo: el que haya tenido unas relaciones ilegales es verdad. Una.

LEANDRO. Una.

MAR. Pero que yo quiero a Ignacio; pues si no le quisiera ya le habría dejado y, sobre todo, no me desviviría por hacerle la casa agradable, también es verdad.

LEANDRO. También.

MAR. Y por consideración a él, tanto más que a mí misma, yo no he dado jamás un escándalo.

LEANDRO. ¿Quién habla de eso?

MAR. Ni un alarde imprudente de exhibiciones...

LEANDRO. No.

MAR. Pudiendo disponer a mi antojo de sumas considerables, que no se me regateaban, yo no di nunca la sensación de un gasto superior al de nuestros medios.

LEANDRO. Cierto que no.

MAR. En una palabra. A usted le consta positivamente que yo, con mi marido, me porto mal por engañarle, y me porto bien por hacerle la vida tranquila y feliz.

LEANDRO. Las dos cosas son evidentes.

MAR. Y siendo las dos igualmente verdaderas—¡dígame, don Leandro, dígame!—¿por qué la verdad mía, la gran verdad de mi vida, ha de ser la de mis engaños y no la de mis cariños...?

LEANDRO. (*Desconcertado.*) ¿La de tus cariños?

MAR. Y como no cabe la solución de que se puedan decir las dos, que una forzosamente destroza y arrastra la otra—¡dígame, don Leandro, dígame!—¿por qué la verdad, la que usted se cree obligado a decir, es la mala, que a todos ha de causarnos daño, y no es la buena y generosa, que nos ha de permitir a todos que sigamos en el bien y en la paz que hoy vivimos?

LEANDRO. ¡Calla!

MAR. Antes conteste aún más. Con que la sepan hay un perjuicio evidente para mí; con que la sepan, ¿cuál es la ventaja para ellos...?

LEANDRO. ¿Para ellos?

MAR. Para ellos, sí. ¿Cuál, cuál? ¡Conteste!

LEANDRO. Ninguna...

MAR. (*Triunfante y brava.*) ¿Ninguna? ¿Y a eso le llama usted una verdad? ¿A eso? Usted hará lo que quiera, que muy dueño es y nada le pido. ¡Pero yo, don Leandro, yo, a una verdad que sólo me sirviera para hacer daño, la pondría mejor y con más razón entre las mentiras que entre las verdades!

LEANDRO. (*Asperamente.*) Marcelina.

MAR. (*Humildemente.*) Nada más, nada más... y dispénseme si yo también digo verdades, que las mías son para defenderme solamente. Dispénseme, dispénseme. (*Mutis.*)

ESCENA VII

DON LEANDRO y PEDRO.

PEDRO. El señorito Ignacio está en el otro despacho.

LEANDRO. (*Con una mano le hace señas de que aguarde y después de un instante baja la mano y dice:*) Que pase. (*Vuelve a quedar pensativo.*)

PEDRO. Bueno. (*Mutis.*)

ESCENA VIII

DON LEANDRO e IGNACIO.

IGNACIO. Perdone que haya insistido, pero es menester que hable con alguien, y ninguno como usted para el alivio de mi espíritu.

LEANDRO. Cuanto quieras. ¿Qué te pasa, muchacho?

IGNACIO. ¿No se lo imagina, padrino?

LEANDRO. Quizás, pero no es mi hora de responder todavía. ¿Qué te pasa, muchacho?

IGNACIO. El gran mal que me hicieron.

LEANDRO. Pero entendámonos un poco si es posible. Yo estoy enterado de la impertinencia, y de que hiciste bien castigándola duramente. ¿Qué más hay? ¿Y de qué arrancan tus inquietudes de ahora? ¿De algún convencimiento?

IGNACIO. No.

LEANDRO. ¿Todo es que dudas por las palabras de ese hombre?

IGNACIO. Sí.

LEANDRO. ¿Aun después de que él mismo las desmintió?

IGNACIO. Aún después.

LEANDRO. Sin otra prueba, sin otro indicio..., no es gran razón la tuya.

IGNACIO. Razón, ninguna; desazón, dolor..., mucho, muchísimo. Yo no le puedo preguntar a ella, porque de ser cierto se reiría de la estúpida pregunta, y de no serlo jamás me perdonará la ofensa de admitirlo como verosímil a la primera indicación.

LEANDRO. Convengamos en que tendría motivo.

IGNACIO. No puedo espiarla, porque yo no sé hacer eso, y porque se me cae la cara de vergüenza sólo al pensar en que alguien, pagado por mí, vaya tras de ella descubriendo sus culpas, o inventándolas, para que yo siga pagando todavía un poco más.

LEANDRO. No sería difícil.

IGNACIO. Es algo muy doloroso, sí, pero sobre todo muy desconcertante; pues cuando en mis cavilaciones llego al máximum de dar por cierta la traición, inmediatamente me pregunto... ¿Pero y la traición por qué...? ¿Por amor?

LEANDRO. Qué disparate.

IGNACIO. Qué disparate, sí. Con la persona de quien se trata, el amor de ella sería un absurdo.

LEANDRO. Totalmente.

IGNACIO. Entonces lo de ella fué codicia. La cegó el dinero, la vanidad, los oropeles.

LEANDRO. Otro disparate, sólo que aún mayor.

IGNACIO. Mayor; a todas luces mayor. Que en mi casa no hay miserias, pero que no hay lujos, eso bien lo veo yo.

LEANDRO. Empequeñecemos mucho lo que hablamos, Ignacio.

IGNACIO. Mucho, mucho. No puede haber en ella tal codicia, y achacarlo yo a capricho o a liviandad en quien nunca me dió el más leve pretexto, aún sería más desacertado en mí.

LEANDRO. Más, más...

IGNACIO. Y luego es evidente que en este asunto, *de haber algo, no es algo que hay, sino algo que hubo.*

LEANDRO. Entonces...

IGNACIO. Entonces... ¡Que estoy como loco, don Leandro! ¡Que comprendo que será inútil buscar pruebas materiales, pero que yo no me resigno a creer en la acusación sólo por unas palabras de insidia, ni tampoco a no creerla sólo por desesperar de que haya pruebas.

LEANDRO. Otra vez te digo: ¿Y entonces...?

IGNACIO. Entonces, tengo en mi mano lo definitivo; contra la palabra injuriosa y fácilmente embustera, la palabra serena, veraz siempre, casi otro Evangelio; contra él, usted.

LEANDRO. Ignacio...

IGNACIO. ¿Quién si no? ¿Ni quién tanto? Usted conoce nuestra vida paso a paso.

LEANDRO. Sí.

IGNACIO. Sólo con usted en el mundo, puedo yo tener una conversación de esta índole y sólo a usted en el mundo le puedo creer una contestación.

LEANDRO. Muy grave misión me das...

IGNACIO. En mi voluntad la tiene usted ganada de siempre, y hoy lo que falta nada más es que usted diga si quiere o no quiere contestar.

LEANDRO. Ignacio, Ignacio...

IGNACIO. Por el cariño que usted me tiene, por el cariño y el respeto que le tengo yo, por la honra de usted y por que la mía no siga en entredicho, si es que lo está..., ¿quiere, don Leandro, quiere?

LEANDRO. Quiero.

IGNACIO. (*Gozozo.*) ¿De veras? ¡Pues queriendo, ya sé que ahora la mentira no puede humanamente venir a mí!

LEANDRO. Pregunta, Ignacio.

IGNACIO. Pero antes sepa usted lo que son y hasta dónde alcanzan mis preguntas. Mi casa era la paz: yo no vuelvo a mi casa si no es paz. Marcelina era mi amor y mi confianza: yo no vuelvo a Marcelina desconfiando.

LEANDRO. (*Cogiéndole espantado.*) ¡Ignacio!

IGNACIO. ¡Yo he sido siempre un hombre leal, ya no lo soy y yo no vuelvo a ellos así!

LEANDRO. ¿Pero tú estás loco?

IGNACIO. Ya se lo he dicho. Y loco en frío, si un gesto airado sin un grito. Ya lo comprendo, ya, pero me va en ello la vida. Dispénseme que esté como estoy.

LEANDRO. (*Templándole.*) Vamos, Ignacio, vamos...

IGNACIO. Yo he sido hasta hoy un hombre feliz. Claro que yo no le pregunto, ni usted me va a decir, flaquezas sentimentales, pero usted puede decirme que hay que sacrificar mucho por los hijos, incluso no volviendo a verlos en mucho tiempo.

LEANDRO. (*Espantado.*) ¿Pero es que vas a llevar tus desconfianzas también a ese terreno?

IGNACIO. Confié en todo. Ahora no le extrañe a usted que de todo desconfíe. Es la misma cosa, la amplitud en creer... en creer bien o en creer mal.

LEANDRO. (*Cogiéndole y espantado al darse cuenta de hasta dónde se iba a ir con ese hombre diciéndole la verdad.*) Ignacio, Ignacio...

IGNACIO. Yo he sido siempre un hombre correcto, para mí y en la opinión de todos, y yo no podría vivir si me creyeran sabedor, aprovechador, consentidor...—¡más breve y más canallesco!—: si me creyeran el consentido...; ¡no, eso no!

LEANDRO. No desvaríes.

IGNACIO. En resumen. Yo he sido feliz, y si ya no lo puedo ser, me conformo. Yo he sido siempre honrado y caballero. Como eso depende sólo de mí, ¡eso lo quiero ser! ¿Comprende?

LEANDRO. Comprendo.

IGNACIO. Usted puede no decirme: "Ignacio, te engañan." Pero usted no puede dejar de decirme: "Ignacio, yo en tu caso buscaría otros puestos y otras colocaciones que no te alejaran tanto de la vida familiar."

LEANDRO. Ignacio...

IGNACIO. Por ejemplo, que no te alejaran tanto...

LEANDRO. Basta ya, que demasiado veo hasta dónde alcanza tu exaltación, y mi responsabilidad; pero pregunta, Ignacio, pregunta, que con una respuesta tendrás de mí todas las respuestas que tú buscas.

IGNACIO. Pues a ella. ¿Estoy en evidencia por culpa de esa mujer, don Leandro?

LEANDRO. No.

IGNACIO. (*Con ansia.*) ¿No...?

LEANDRO. No.

IGNACIO. ¿Es buena conmigo esa mujer?

LEANDRO. Sí.

IGNACIO. ¿Sí...?

LEANDRO. ¡¡Sí!!

IGNACIO. ¿Puedo volver a mi casa con mi honrada confianza?

LEANDRO. Sí.

IGNACIO. (*Abrazándole.*) ¿Sabe usted el bien que me hace, que nos hace, a ella, a los hijos, a mí...?

LEANDRO. Lo sé.

IGNACIO. ¿Y que por usted, por la lealtad de usted, recobro el amor a la vida, que vacilaba mucho en mí?

LEANDRO. (*Rígido siempre.*) Sí.

IGNACIO. De hoy más bendeciré su nombre, no olvidando nunca de que por usted realizaré al fin mi ideal, el modesto

ideal, del que después de una vida de seriedad, de honestidad y de trabajo, solamente;

"*Quiere morir honrado y caballero.*"

LEANDRO. Ve en paz, Ignacio, ve en paz... (*Mutis Ignacio.*)

ESCENA IX

DON LEANDRO y MARCELINA.

MAR. (*Accercándose inquieta.*) ¿Qué dice, qué tiene?
LEANDRO. ¿No te fuiste?
MAR. No he podido resistir al ansia loca de quedarme aquí para saber inmediatamente lo que pasara entre ustedes.
LEANDRO. Lo que debía de pasar. El, él, ha preguntado. Yo, yo... ¡yo he mentido!
MAR. Bendito sea usted, don Leandro.
LEANDRO. El, por creerme sincero, ha bendecido. Tú, por saber que es mentira me bendices también.
MAR. Sé que es pecado el faltar a mi deber, cualquiera que sea la razón por que faltara..., ¡claro que lo sé!, y sin embargo, al meditarlo me digo a mí misma: "Pecado sí, ¿pero imperdonable el haber defendido mi casa, mi familia, la vida de uno y el porvenir de todos...?" Me lo pregunto... ¡y aún no supe contestarme!
LEANDRO. Tampoco yo sé responderte, que excede eso a mi comprensión, pero si yo fuera tu padre, te disculparía; si fuera tu juez, te absolvería, y si fuera Dios, que a más de saber los hechos sabe las intenciones, de no llevar otras manchas en tu alma, al infierno de fijo que no irías.
MAR. (*Echándose en sus brazos.*) Ya es mucho. ¡Por todos, bendito sea!
LEANDRO. ¡Por todos, incluso por ti y por mí, vete en paz, Marcelina, vete en paz!

TELON

Pazo de la Peregrina, 12 de octubre de 1931.



RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID